



Asamblea General

Septuagésimo noveno período de sesiones

Documentos oficiales

68^a sesión plenaria

Miércoles 7 de mayo de 2025, a las 10.00 horas

Nueva York

Presidencia: Sr. Yang (Camerún)

Se declara abierta la sesión a las 10.05 horas.

Tema 135 del programa (continuación)

Octogésimo aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial

Sesión extraordinaria y solemne para recordar a todas las víctimas de la Segunda Guerra Mundial

El Presidente (*habla en inglés*): La Asamblea General celebrará ahora una sesión extraordinaria y solemne para recordar a todas las víctimas de la Segunda Guerra Mundial, de conformidad con la resolución 79/272, de 4 de marzo de 2025.

A continuación formularé una declaración.

En este 80º aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, reflexionamos sobre los inmensos sacrificios hechos por los millones de personas que lucharon y murieron para garantizar las libertades que con demasiada frecuencia damos por sentadas. Recordamos y honramos a esas personas. Su valentía, resiliencia y fe inquebrantable en un futuro mejor siguen inspirándonos. Con el paso del tiempo, estas conmemoraciones cobran un significado más profundo. La mayoría de los veteranos supervivientes ya son centenarios. Las oportunidades de escuchar sus voces de primera mano van menguando. Conservar sus historias no es solo un tributo: es una responsabilidad moral de todos nosotros. Debemos velar por que las lecciones que dejan tras de sí perduren y no se disipen.

Las Naciones Unidas se crearon para preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra. Sus fundadores no eran idealistas ingenuos. Eran expertos en el arte de gobernar, puestos a prueba por conflictos y forjados por la historia. Habían visto el mundo desgarrado y decidieron crear un marco que fuera lo bastante fuerte para mantenerlo unido. Cuando concibieron la Carta de las Naciones Unidas —nuestra Organización— sabían que la paz no se sostendría por sí misma. La paz requeriría estructura. La paz requeriría vigilancia. Sobre todo, requeriría una responsabilidad común. Todos somos necesarios para forjar la paz mundial que deseamos, reafirmar la fe en los derechos humanos, promover el progreso social y elevar el nivel de vida

La presente acta contiene la versión literal de los discursos pronunciados en español y la traducción de los demás discursos. Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y deben enviarse con la firma de un miembro de la delegación interesada, incorporadas en un ejemplar del acta, a la Jefatura del Servicio de Actas Literales, oficina AB-0928 (verbatimrecords@un.org). Las actas corregidas volverán a publicarse electrónicamente en el Sistema de Archivo de Documentos de las Naciones Unidas (<http://documents.un.org>).



dentro de un concepto más amplio de la libertad. No eran ideales abstractos. Eran imperativos concretos, y siguen siéndolo.

Sin embargo, hoy, con demasiada frecuencia, vemos que los principios de la Carta son ignorados, socavados o completamente violados. Ahora que los conflictos se propagan y la paz mundial se ve amenazada, debemos renovar nuestra adhesión a los ideales fundacionales de la Carta. Si no lo hacemos, corremos el riesgo de retomar el camino que abocó al mundo a la guerra y la catástrofe. Los esfuerzos de los fundadores de las Naciones Unidas y los sacrificios de quienes sufrieron y perecieron para que tuviéramos un mundo mejor no deben ser en vano.

Exhorto a los dirigentes de hoy a que elijan el diálogo frente al conflicto, la diplomacia frente a la hostilidad, la cooperación frente a la división y la paz frente a la ausencia de paz. Nos encontramos en un momento decisivo no solo para esta institución, sino para toda la humanidad. Toda la humanidad tiene los ojos puestos en las Naciones Unidas. Las decisiones que adoptemos hoy determinarán el mundo que heredarán nuestros hijos y el legado que dejaremos a toda la humanidad. Decidamos sabiamente. Decidamos optar por la paz.

Sr. Nebenzia (Federación de Rusia) (*habla en ruso*): Hoy nos reunimos en una sesión extraordinaria y solemne de la Asamblea General para recordar a todas las víctimas de la Segunda Guerra Mundial.

Un 9 de mayo se firmó el acta final de rendición incondicional en el suburbio berlinés de Karlshorst. El nazismo fue derrotado en su guarida, Berlín, que fue tomada por el Ejército Rojo. El 1 de mayo, la bandera roja de la victoria se izó sobre el Reichstag, y ese día el Jefe de Estado Mayor de las tropas terrestres alemanas se dirigió al General soviético Chuikov y le informó de que Hitler se había suicidado en su búnker.

Se había pasado la página más trágica de la historia y el mundo se libraba de caer en el abismo de la teoría de la superioridad racial, según la cual el valor de la vida humana se determinaba midiendo cráneos con el craneóforo de Mollison. No debemos olvidar que esa horrible teoría no fue producto de la imaginación de Hitler, sino que había nacido entre los intelectuales europeos. Basta recordar, por ejemplo, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, del escritor francés Arthur de Gobineau. Ese racismo colonial, que los europeos abrazaron, fue complementado por los nazis con un antisemitismo y un antieslavismo radicales. No podemos sino imaginarnos cómo sería el mundo si esos “valores” europeos hubieran prevalecido. Pero, de hecho, eso es precisamente lo que ocurrió después. Los defensores del nazismo y el fascismo cobraron popularidad y se hicieron con el poder en muchos países europeos. Por eso la marcha de Hitler fue casi triunfal hasta que se topó con la heroica resistencia de los pueblos de la Unión Soviética.

No hay que olvidar que Hitler contaba con el favor y el apoyo de varios miembros de la familia real británica, y que Italia, Finlandia y Rumanía pusieron 700.000 soldados a su disposición, quienes lucharon junto a Hitler. Lo mismo hicieron la Legión de Voluntarios Franceses, algunos voluntarios españoles, la Legión Noruega, la Legión Voluntaria Neerlandesa, la Legión Letona —famosa por su particular crueldad—, la Legión Estonia, la División de Granaderos Voluntarios de Bélgica y los Cuerpos Libres Daneses, que se incorporaron a la División alemana “Totenkopf” de las SS. Los nacionalistas ucranianos también lucharon del lado de Hitler.

En 1941, todas las fuerzas antifascistas consiguieron unirse. Quienes eran adversarios ideológicos —la Unión Soviética, los Estados Unidos y Gran Bretaña— dejaron atrás los episodios de confrontación armada, demostraron sensatez y trabajaron codo a codo. En aquel momento, a nadie se le pasó por la cabeza la idea de enzarzarse en juegos ideológicos e intentar equiparar el fascismo con el comunismo. Todo el mundo tenía claro qué era el bien y qué era el mal. Actuar de otro modo habría sido

fatal para el mundo entero. Damos las gracias a todos los que formaron parte de la coalición antihitleriana y honramos la contribución de los Aliados a la victoria. En Asia, China encabezó la lucha contra el militarismo japonés. Se derrotó al mal, pero la victoria se produjo a costa de millones de vidas. China perdió 35 millones de personas en la guerra; los Estados Unidos, alrededor de medio millón. Serbia organizó el mayor movimiento partisano de Europa. Héroes de América Latina, Asia y África libraron una lucha por la libertad de los pueblos. La Unión Soviética perdió 27 millones de vidas, de las cuales solamente 12 millones fueron pérdidas militares irrecuperables. La política de genocidio que llevaron a cabo los nazis contra los pueblos de la Unión Soviética se cobró millones de vidas entre la población civil.

Los objetivos bélicos en la Unión Soviética no eran los mismos que en Europa. El 12 de junio de 1941, Himmler declaró: “El objetivo de la campaña contra Rusia es reducir el número de eslavos en 30 millones de personas”. Otra declaración lacónica y cándida, atribuida al sucesor del Führer y Jefe del Estado Mayor Económico-Este, Hermann Göring, se profirió durante una conversación con el Ministro de Relaciones Exteriores de la Italia fascista en noviembre de 1941, en la que banalmente se hablaba de la inanición de 20 a 30 millones de ciudadanos soviéticos: “Tal vez haga falta reducir algunos pueblos”.

Las autoridades de los países del Eje consideraron necesario cometer un genocidio contra los pueblos de la Unión Soviética con su cinismo pragmático característico. Su objetivo era extraer alimentos de las regiones de suelos negros, incluida Ucrania, y desviarlos de las llamadas “zonas boscosas” —Moscú y San Petersburgo— hacia Europa. Además, tenían planes de poblar los territorios soviéticos con alemanes, para lo cual debían deshacerse de la “población aborigen”. Ese plan genocida se documentó en las “Directrices de Política Económica en el Campo de la Agricultura”, producidas por el Estado Mayor Económico-Este y basadas en las investigaciones del economista nazi Herbert Backe. En los juicios de Núremberg, esas “directrices” fueron presentadas por la parte estadounidense. En palabras del Fiscal Whitney Harris,

“[e]ste documento revela, a primera vista, un plan deliberado para matar de inanición a millones de personas inocentes. Revela un plan para cometer homicidio premeditado contra millones de personas inocentes haciéndolas padecer inanición. Revela un plan de homicidio premeditado a una escala tan vasta que supera los límites de la imaginación humana”.

Por lo tanto, la terrible tragedia del sitio de Leningrado, que se cobró alrededor de 1 millón de vidas, no fue un accidente ni el resultado del sitio mismo, sino que formó parte de una política general premeditada de inanición.

La inanición, sin embargo, no fue la única arma del genocidio. Como afirmó Hitler, “[e]l objetivo es la aniquilación [...] esta guerra será muy diferente de la guerra en Occidente. En el Este, la crueldad será útil para el futuro”.

Siguiendo ese mensaje, los nazis infligieron una crueldad sin precedentes contra la población civil de la Unión Soviética: los bombardeos de saturación destruyeron 1.740 ciudades y más de 70.000 aldeas. Más de 6 millones de edificios fueron incendiados o destruidos, y unos 25 millones de personas se quedaron sin lugar donde vivir. Se exterminó a la población de asentamientos enteros. Es imposible no recordar el pueblo bielorruso de Jatyn, donde 149 habitantes, entre ellos 75 niños, fueron quemados vivos.

En ese crimen participaron 200 miembros de la Organización de Nacionalistas Ucranianos y su brazo Ejército Insurgente Ucraniano (OUN-UPA), dirigida por Stepan Bandera. También adquirieron notoriedad por participar en incidentes especialmente brutales del Holocausto, como los pogromos de julio de 1941 en Bender y los fusilamientos de judíos, por ejemplo en Babi Yar, cerca de Kiev, y en Sosenki, cerca de la

ciudad ucraniana de Rivno, donde murieron 23.000 personas. Es imposible no recordar la masacre terrible de Volinia, perpetrada por miembros del UPA. Como resultado de ese crimen, entre 50.000 y 60.000 civiles polacos perdieron la vida.

El destino de los prisioneros de guerra soviéticos no fue menos espantoso: los mataban de hambre, muchas veces los mantenían a la intemperie y los sometían a experimentos médicos. En el campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau, los prisioneros de guerra soviéticos fueron las primeras víctimas de las cámaras de gas. No debemos olvidar a los millones de *Ostarbeiters*, ciudadanos de la Unión Soviética deportados a la fuerza a Alemania. Algunas empresas de renombre como Daimler-Benz, Deutsche Bank, Siemens, Volkswagen, BMW, Bayer y Hugo Boss aprovecharon esa mano de obra esclava. Los alemanes de a pie tampoco tenían escrúpulos en utilizar mano de obra esclava. Solicitaban a esas personas y acudían a los sitios donde se las entregaban, que, en la Alemania de pleno siglo XX, eran nada menos que mercados de esclavos. Sin embargo, nada de eso doblegó al pueblo soviético. No solo fueron al frente, sino que también se unieron a destacamentos partisanos. Los prisioneros de guerra demostraron un valor sin parangón al fomentar levantamientos en los campos de exterminio.

No se necesitaban pruebas de las horribles atrocidades nazis: eran evidentes. Sin embargo, hoy en día, se ofende la memoria sagrada de los héroes y de las víctimas del nazismo con el revisionismo histórico y el revanchismo. Se está haciendo una lavada de cara a la perversa idea nazi de deshumanizar a los representantes de las “razas inferiores”, y quienes defienden esa idea son glorificados no solo por radicales de poca monta, sino también por las políticas oficiales. Por ejemplo, en los Estados bálticos, se celebran marchas que glorifican a los secuaces de Hitler. Tanto allí como en otros países de Europa Oriental, se están demoliendo monumentos a los héroes que sacrificaron sus vidas para derrotar al nazismo. En la vecina y hermana Ucrania, tras el golpe anticonstitucional del Maidán y años de lavado de cerebro, se escucha “Ucrania por encima de todo”, frase idéntica al eslogan nazi “*Deutschland über alles*”. Por desgracia, los paralelismos con el Tercer Reich no acaban allí.

Todo ello se da mientras se demuelen monumentos de quienes lucharon contra el fascismo y se reconoce como héroes nacionales a figuras como Roman Shukhevich, suboficial al mando del batallón Nachtigall que trabajaba para la contrainteligencia, o Stepan Bandera, colaborador nazi. También se ven procesiones de antorchas en conmemoraciones neonazis y prohibiciones de la lengua rusa. Por ejemplo, en Kiev, la avenida que lleva el nombre del general Vatutin —general soviético y héroe de la Segunda Guerra Mundial que liberó Ucrania de los nazis— pasó a llamarse Stepan Bandera y Roman Shukhevich.

Trabajaremos para que la comunidad internacional tenga presente que los seguidores de Hitler no desaparecieron en 1945. El nazismo está resurgiendo y ganando adeptos rápidamente. En Europa, el número de movimientos radicales de derecha y de sus adeptos está aumentando sin pausa. Utilizan métodos y medios modernos, como las redes sociales y la mensajería instantánea, para atraer simpatizantes, sobre todo entre la juventud. Incluso consiguen organizar conciertos de rock, eventos deportivos y conferencias. Ninguno de esos acontecimientos es un hecho aislado, son sistémicos. Estamos siguiendo de cerca la situación y publicando los informes pertinentes. Se está intentando demostrar que honrar a Hitler, a sus seguidores y su ideología forma parte del ejercicio del derecho a la libertad de opinión y de expresión. No obstante, en Berlín, los días 8 y 9 de mayo del año pasado y de este año, no solo se prohibió exhibir el Estandarte de la Victoria y la Cinta de San Jorge y cantar canciones de guerra en las inmediaciones de los monumentos soviéticos conmemorativos de la guerra, sino que también se prohibió exhibir condecoraciones, medallas y uniformes de soldados victoriosos, incluso en fotografías de veteranos. Además, los altos funcionarios de la Unión Europea amenazan con imponer sanciones a quienes participen en el Desfile de la Victoria en Moscú e instan a la población a que acuda

a Kiev en esa ocasión. Así pues, la pregunta es: ¿a quién se rendirá honores en Kiev? A los millones de ucranianos que combatieron heroicamente en las filas del Ejército Rojo y dieron la vida en la lucha contra el fascismo, o bien a Bandera y Shukhevych, esbirros de los nazis? Habría que aclarar esta cuestión, ya que no se puede tratar del mismo modo a las víctimas y a sus verdugos.

Cabe señalar que quienes se niegan a conmemorar el Día de la Victoria son precisamente aquellos Estados que desde hace varios años vienen impidiendo que en la Asamblea General se apruebe un proyecto de resolución, propuesto por Rusia, sobre la lucha contra la glorificación del nazismo. ¿Cómo es posible que alguien se plantee votar en contra de tal proyecto de resolución en las Naciones Unidas, una organización internacional que debe su propio nombre a la designación de los Estados Miembros que integraron la coalición antihitleriana? Debemos recordar que la victoria no solo salvó a la gente del sufrimiento y trajo libertad, sino que creó un nuevo orden mundial, en el que las Naciones Unidas tienen un papel central, basado en los principios de la cooperación, la igualdad soberana entre todos los Estados y la no discriminación.

No nos sorprendería que hoy se intentase ofrecer un relato alternativo sobre la Segunda Guerra Mundial, en el que las hazañas de los soldados soviéticos se sustituyan por historias sobre ocupantes y atrocidades comunistas. No obstante, por muchas ficciones que escuchemos, el único dato que importa es uno que el mundo recordará siempre: el 9 de mayo de 1945, a las 00.43 horas, la Alemania de Hitler se rindió definitivamente. Logramos vencer al nazismo, lo cual nunca podrá negarse.

El compromiso de Rusia de preservar la verdad histórica sigue siendo firme. Contrariamente a lo que alegan nuestros enemigos, no pretendemos monopolizar la victoria. La entendemos como una victoria compartida, y rendimos homenaje a todos los pueblos de la antigua Unión Soviética que contribuyeron a la victoria en la Gran Guerra Patria. Todos los pueblos de la Unión Soviética contribuyeron a la victoria: rusos, ucranianos, bielorrusos, georgianos, armenios, azerbaiyanos, moldavos, bálticos, kazajos, kirguisos, uzbekos, tayikos, turcomanos y judíos, junto a otras decenas de nacionalidades de nuestro inmenso país. Este año, junto con nuestros aliados —Belarús, Armenia, Azerbaiyán, Kazajistán, Kirguistán, China, Serbia, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán— presentamos para su aprobación en la Asamblea General la resolución 79/272, relativa al 80º aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, de acuerdo con la cual esa victoria será conmemorada quinquenalmente en este salón.

Concluiré mi declaración citando las palabras del Mariscal de la Unión Soviética Georgy Zhukov, también conocido como Mariscal de la Victoria. Zhukov fue precisamente quien, en 1945, presidió el acto de capitulación de la Alemania nazi.

“Cada año que pasa nos aleja más de la época de la guerra. Ha crecido una nueva generación. Para ella, la guerra son nuestros recuerdos de ella. Y nosotros, los protagonistas de aquellos históricos acontecimientos, somos cada día menos. La guerra quedará grabada para siempre en nuestros corazones, y no olvidaremos jamás la hazaña lograda por el pueblo soviético. Fue una época extraordinariamente difícil, pero tremendamente gloriosa. El hombre que pasó una vez por grandes pruebas y venció extraerá durante toda su vida energías de esa victoria. Lo dicho es justo, también, para toda la nación. Nuestra victoria en la guerra contra el nazismo, hablando en términos sublimes, fue la hora estelar en la vida del pueblo soviético. En aquellos años nos hicimos más fuertes y acumulamos un inmenso capital moral. Al lanzar una mirada retrospectiva, siempre recordaremos a quienes se sacrificaron para derrotar al enemigo de nuestra Patria”.

El Presidente (*habla en inglés*): Tiene ahora la palabra la representante de Nueva Zelandia, quien intervendrá en nombre de Australia, el Canadá y Nueva Zelandia.

Sra. Schwalger (Nueva Zelanda) (*habla en inglés*): Tengo el honor de ofrecer esta declaración en nombre de Australia, el Canadá y mi país, Nueva Zelanda.

Hoy, reunidos para conmemorar los 80 años transcurridos desde que terminó la Segunda Guerra Mundial en Europa, debemos recordar que pocos acontecimientos han incidido tanto en la configuración de la identidad nacional e internacional de nuestros países. Los valores de la libertad, la tolerancia, la igualdad y la justicia que nos guiaron durante toda la Segunda Guerra Mundial han perdurado hasta hoy. Son valores compartidos por personas de toda condición y han conformado el tejido de nuestra sociedad moderna.

Debemos recordar también que, si estamos hoy aquí, es en parte gracias a los sacrificios que hicieron nuestros antepasados durante la Segunda Guerra Mundial.

La Segunda Guerra Mundial ha sido el mayor esfuerzo militar de Nueva Zelanda hasta la fecha, en el que más de 140.000 hombres y mujeres fueron desplegados a otros países en formaciones de combate. Más de 1 millón de canadienses y terranovenses lucharon en la guerra, junto a un número similar de australianos. Participamos en campañas en Europa, en el Mediterráneo, en Oriente Medio y en el norte de África, así como en Asia Sudoriental y en el Pacífico. Rendimos homenaje a nuestros soldados, hombres y mujeres, que dieron la vida defendiendo las libertades fundamentales y la esperanza de un mundo mejor, libre del flagelo de la guerra.

El final de la guerra fue un triunfo contra la oleada de agresión y expansionismo que atenazaba al mundo. De las cenizas de la Segunda Guerra Mundial surgió esta institución, con la Carta de las Naciones Unidas en su centro, que tiene como propósito fundamental defender la paz y la seguridad internacionales y evitar que se repitan los horrores de la Segunda Guerra Mundial.

Como sabemos, el sistema multilateral establecido tras la guerra dista de ser perfecto. Sin embargo, no cabe duda de que ha hecho del mundo un lugar más seguro y más próspero, al evitar y contener conflictos y facilitar la cooperación y el desarrollo.

En la actualidad, nuestro sistema multilateral está sometido a fuertes tensiones y el mundo es un lugar incierto y complejo, más de lo que fue durante muchos decenios. En ese sentido, lamentamos profundamente que Rusia esté librando ahora una guerra de agresión en Europa. La ilegal e inmoral invasión rusa a gran escala de Ucrania contradice totalmente el enorme sacrificio que hicieron los pueblos soviéticos y la grandeza de su contribución a la victoria definitiva de los Aliados en 1945.

Cuando nos disponemos a celebrar el 80º aniversario de las Naciones Unidas, debemos recordar que ahora, más que nunca, tenemos que trabajar de consuno para defender el sistema que construimos entre todos: un sistema sustentado en el derecho internacional y en los fundamentos duraderos establecidos en la Carta de las Naciones Unidas.

El Pacto para el Futuro (resolución 79/1) ha reforzado nuestro compromiso con el multilateralismo. Ahora, en el marco de la iniciativa ONU80 del Secretario General, debemos aprovechar esta oportunidad para promover una reforma significativa y duradera, a fin de que nuestras Naciones Unidas puedan hacer frente a los desafíos que se avecinan. De nosotros, y de los esfuerzos que hagamos en esta Sala, dependerá que los horrores de la Segunda Guerra Mundial no vuelvan a repetirse jamás.

Sra. Ataeva (Turkmenistán) (*habla en ruso*): La sesión de hoy de la Asamblea General está dedicada a un acontecimiento, que reviste una importancia histórica enorme: la victoria sobre el fascismo durante la Segunda Guerra Mundial. Esta victoria nos unió y sentó las bases de la fundación de las Naciones Unidas, al establecer los pilares del sistema de seguridad internacional consagrado en la Carta de las Naciones Unidas.

La Segunda Guerra Mundial, que fue la más devastadora de la historia de la humanidad, dejó una huella profunda en el destino de los pueblos, y nos impulsó a todos a extraer la lección principal y fundamental, a saber, que no debe haber una

tercera guerra mundial. Está absolutamente claro que no habrá vencedores en esa guerra; solo quedarán las ruinas de la civilización humana.

La victoria que marcó el final la Segunda Guerra Mundial fue posible gracias a la resiliencia, la valentía y la unidad sin parangón de todos los pueblos de la coalición antihitleriana, y gracias al sacrificio inimaginable de todas las naciones en la lucha contra la amenaza nazi. Turkmenistán también contribuyó dignamente a esa victoria común. Desde los primeros días de la guerra, el pueblo turcomano se rebeló en defensa de la paz y la justicia. La República formó batallones de combate, la 87ª división de fusileros, que más tarde se convirtió en la 128ª división de fusileros de la Guardia de Montaña de la Bandera Roja de Turkestan, y las divisiones de caballería 97ª y 98ª. Más de 30.000 de los mejores hijos e hijas del pueblo turcomano fueron al frente. De ellos, 13.000 recibieron órdenes y medallas, 11 se convirtieron en Caballeros de la Orden de la Gloria y 18 fueron condecorados con el título de Héroe de la Unión Soviética.

La hazaña del pueblo turcomano no fue patente no solo en el frente, sino también en la retaguardia. El ferrocarril de Ashgabat llegó a ser un ferrocarril clave de primera línea, que unía Transcaucasia con el frente y el centro del país. Se utilizó para transportar soldados, equipo y municiones hacia Stalingrado, punto de destino clave. La economía del país se reconstruyó sobre raíles militares. Se fabricaron municiones, equipo, uniformes y seda para paracaídas. Turkmenistán suministró al frente algodón, grano, carne y otros productos necesarios. Los habitantes de la República participaron activamente en la creación del Fondo de Defensa. Durante los años de guerra, las mujeres de Turkmenistán aportaron más de siete toneladas de plata y oro al Fondo de Defensa. Con esos materiales, se construyeron cinco columnas de tanques y siete escuadrones de aviones de combate. Las mujeres de Turkmenistán hicieron una contribución especial. Al sustituir a los hombres que se marcharon al frente, ocuparon puestos clave en la economía. En 1945, las mujeres representaban el 59 % de los trabajadores y empleados, y más del 70 % de la mano de obra agrícola. Se convirtieron en torneras, soldadoras, herreras y mineras, todas ellas profesiones tradicionalmente masculinas. Ese heroísmo y esa abnegación encarnan el espíritu indomable del pueblo de Turkmenistán. Miles de héroes que conocemos y millones de personas anónimas, que permanecen grabadas en nuestra memoria, representan nuestra contribución a la victoria

Ninguno de nosotros, que representamos a nuestros pueblos en el salón de la Asamblea General, tenemos derecho a olvidar esas cifras ni las lecciones de esta guerra terrible. Tenemos la obligación de honrar la memoria de las víctimas y hacer frente a las nuevas amenazas apoyando el papel clave de las Naciones Unidas en ese proceso. Sin embargo, no basta con recordar; también debemos defender activamente la paz conquistada a un alto precio hace 80 años, contrarrestar la falsificación de la historia y reforzar el respeto por las hazañas de quienes liberaron al mundo de ese flagelo, para evitar el resurgimiento del nazismo. Esa es la segunda gran lección de la guerra, a saber, que su resultado debe defenderse a diario.

El papel de la diplomacia en ese proceso es crucial. Son los dirigentes de los Estados y su sabiduría y capacidad de dialogar los que determinarán si el mundo puede evitar que se repitan las tragedias que ha vivido. El principal vector de la doctrina de la política exterior de Turkmenistán neutral es la defensa constante de los ideales de la paz. En el contexto actual de inestabilidad mundial, la iniciativa de Turkmenistán de declarar 2025 Año Internacional de la Paz y la Confianza, consagrada en una resolución de la Asamblea General, orienta los esfuerzos conjuntos de los Estados Miembros de las Naciones Unidas a construir y fortalecer relaciones basadas en la confianza y a promover el diálogo político pacífico. Esta campaña mundial con miras a reforzar la paz y la seguridad constituye una prolongación del Año Internacional del Diálogo como Garantía de Paz, en 2023, y del Año Internacional de la Paz y la Confianza, en 2021.

Hoy en día, el terrorismo, la violencia y la propaganda de guerra siguen representando una amenaza para nosotros. Solo la unidad, la memoria y el respeto de la historia pueden detenerlos. Esta sesión y la serie de actos conmemorativos del 80º aniversario de la victoria nos brindan esa oportunidad. Esta fecha es un recordatorio del precio de la paz y de la misión que las Naciones Unidas han cumplido durante ocho decenios.

Todos necesitamos la paz. Recordamos a todos aquellos que obtuvieron la victoria sacrificando su propia vida. Que su memoria sea eterna. Una reverencia a todos los que forjaron la victoria en la Segunda Guerra Mundial. ¡Feliz Día de la Victoria!

El Presidente (*habla en inglés*): Doy ahora la palabra al representante de la República Bolivariana de Venezuela, quien intervendrá en nombre del Grupo de Amigos en Defensa de la Carta de las Naciones Unidas.

Sr. Moncada (República Bolivariana de Venezuela): La República Bolivariana de Venezuela tiene el honor de hacer uso de la palabra en nombre del Grupo de Amigos en Defensa de la Carta de las Naciones Unidas, cuyos Estados miembros se unen a la comunidad internacional en la solemne conmemoración del 80º aniversario de la histórica victoria de “Nosotros, los Pueblos” sobre el nazismo, el fascismo y el militarismo, en la Segunda Guerra Mundial.

Aprovechamos esta oportunidad para reflexionar, no solo sobre los sacrificios del pasado y honrar a todas las víctimas de aquella devastadora conflagración mundial, sino también sobre la responsabilidad permanente de la comunidad internacional y de las Naciones Unidas en su conjunto de defender los principios que surgieron de aquel momento crucial de la historia.

Hace 80 años, los Estados que se autoproclamaron Naciones Unidas lograron una victoria histórica. De ahí que no debemos olvidar el valor fundamental de la sentencia dictada por el Tribunal de Núremberg y el Tribunal Penal Militar Internacional para el Lejano Oriente en la configuración del orden internacional, basado en el derecho internacional.

Al celebrar el 80º aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, debemos recordar a todas aquellas personas —de diferentes países y continentes—, que sacrificaron sus vidas para eliminar el nazismo, el fascismo y el militarismo. Debemos recordar a todos aquellos que perdieron la vida en batallas, que murieron de heridas o de agotamiento; y debemos recordar también a todos aquellos que fueron torturados hasta la muerte en campos de prisioneros cautivos. No podemos olvidar que el asesinato y el maltrato de la población civil por parte de los nazis alcanzó su punto más álgido, en relación con los civiles de la Unión Soviética, formando parte del plan para deshacerse de poblaciones nativas enteras mediante la expulsión y la aniquilación. Por lo tanto, reconocemos que estos crímenes atroces deben considerarse como un acto de genocidio contra los pueblos de la Unión Soviética.

Además, el encuentro de hoy día nos brinda también una oportunidad privilegiada para rendir tributo a la memoria de los millones de personas —hombres, mujeres, niñas y niños—, que contribuyeron a la lucha contra el nazismo con su trabajo heroico cotidiano, en el frente interno, y que resistieron a la maquinaria militar nazi, así como a las personas de todas las sociedades asoladas por la guerra, que sufrieron o perdieron la vida a causa del hambre y las enfermedades derivadas de los azotes de la guerra. También recordamos, en este contexto, que la Segunda Guerra Mundial tuvo repercusiones deletéreas en muchos otros países que no participaron en la guerra, así como en sus pueblos, que también sufrieron inmensamente durante esos años.

En esta coyuntura crítica, y teniendo presentes las lecciones de la historia, estamos convencidos de que es de la máxima importancia reafirmar el papel central del multilateralismo, cuya mejor representación es las Naciones Unidas, la cual sigue siendo el medio más eficaz para hacer frente a los complejos retos mundiales

actuales y para evitar la reaparición de conflictos armados a gran escala. El legado de la Segunda Guerra mundial nos obliga a renovar y profundizar la cooperación internacional basada en el respeto mutuo, la igualdad soberana y los derechos inalienables de todas las naciones, especialmente en una era en la que el unilateralismo y el excepcionalismo resurgen bajo nuevas y preocupantes formas.

Debemos recordar que el deseo de preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra inspiró a los Estados en el establecimiento de las Naciones Unidas, que predeterminó durante mucho tiempo el desarrollo de las relaciones internacionales contemporáneas y el futuro de nuestra civilización en su conjunto. Aunque las últimas décadas han revelado que este sistema no es perfecto, es importante subrayar que su éxito radica en haber logrado evitar nuevas catástrofes globales, al tiempo que ha permitido definir el orden mundial contemporáneo destinado a mantener la paz y la seguridad internacionales y a promover relaciones de amistad y cooperación entre los Estados. No obstante, urge reformar el injusto orden internacional actual con el fin de hacer frente a las persistentes desigualdades, que suponen una carga extraordinaria para los países en desarrollo.

En este contexto, nuestro Grupo de Amigos subraya la importancia de recordar las lecciones de la Segunda Guerra Mundial y de preservar la verdad histórica. De hecho, recordamos que millones de personas lucharon juntas para liberar al mundo del nazismo, y recordamos también que ninguno de los miembros de la coalición antihitleriana dudó jamás en reconocer el peligroso supremacismo, el fascismo y el arrogante excepcionalismo como el verdadero y único enemigo. En consecuencia, rechazamos los intentos de reescribir, a partir de motivaciones políticas, los resultados de la Segunda Guerra Mundial o de revisar las sentencias del Tribunal de Núremberg y del Tribunal Militar Internacional para el Extremo Oriente.

La manipulación de la historia en beneficio político constituye un grave obstáculo para la paz y la estabilidad internacional y, lo que es más importante, para la reconciliación. Lejos de ser inofensivas, las narrativas revisionistas deshonoran la memoria de quienes murieron, al tiempo que fomentan la división y la desconfianza entre las naciones. Como miembros responsables de la comunidad internacional y como naciones amantes de la paz, debemos mantenernos firmes frente a tales distorsiones, trabajando colectivamente para preservar la verdad histórica y propiciar una auténtica cultura de paz.

El Grupo de Amigos en Defensa de la Carta de las Naciones Unidas subraya además la importancia de mantener la tradición de conmemorar los aniversarios del final de la Segunda Guerra Mundial tal como se estableció y como solía observarse en las Naciones Unidas. Estamos convencidos de que tales acontecimientos deberían unirnos en lugar de separarnos, porque solo mediante los esfuerzos conjuntos de toda la comunidad internacional podremos hacer frente con eficacia a los retos y amenazas que tenemos por delante.

Al conmemorar este hito en la historia de la humanidad, no nos limitamos a rendir homenaje al pasado, sino que también hacemos un llamamiento a la conciencia en el presente por el bien de esas generaciones futuras de las que tanto hemos hablado en los últimos años. Los sacrificios realizados por millones de personas en la lucha contra el nazismo y el fascismo nos obligan a defender los principios por los que esas personas dieron la vida. No se trata de ideales abstractos, sino de compromisos vivos con la paz por encima de la guerra, con la cooperación por encima de la dominación y con la soberanía por encima de la subyugación. En el actual punto de inflexión de la historia, debemos salvaguardar lo que nos une, que tiene como núcleo la Carta de las Naciones Unidas.

No vacilemos, pues, en este deber. En un momento en que nuevas formas de hegemonía y cohesión amenazan con deshacer los cimientos mismos del orden internacional construido tras la Segunda Guerra Mundial, consagrado en los propios

preceptos de la Carta de las Naciones Unidas, nuestro Grupo de Amigos se mantiene firme en defensa de la verdad de la justicia y de ese tratado histórico que debe ser un símbolo común. La historia juzgará no solo las batallas que hoy recordamos, sino también el valor que demos en el presente para salvaguardar la paz que se logró con tanto sacrificio, dolor y esperanza por un mundo mejor.

El Presidente (*habla en inglés*): Doy la palabra al representante de la Unión Europea, que intervendrá en calidad de observador.

Sr. Lambrinidis (Unión Europea) (*habla en inglés*): Tengo el honor de formular esta declaración en nombre de la Unión Europea y de sus Estados miembros.

Hacen suya esta declaración Macedonia del Norte, Montenegro, Ucrania, la República de Moldova, Bosnia y Herzegovina y Georgia, países candidatos; Islandia, Liechtenstein y Noruega, miembros del Espacio Económico Europeo; y San Marino.

El 80° aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, un capítulo profundamente trágico de la historia de Europa y del mundo, es un momento que invita a la reflexión y la conmemoración. Es la ocasión para honrar los sacrificios realizados y llorar las innumerables vidas perdidas durante y después de la Guerra. Es también una oportunidad para reiterar nuestra determinación de colaborar con todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas con el fin de garantizar un futuro más pacífico, equitativo y próspero para las generaciones venideras, un futuro en el que la fuerza pacífica de la Carta de las Naciones Unidas y el derecho internacional condene y relegue inequívocamente a la historia el uso de la fuerza y la agresión encaminadas a subyugar a naciones independientes, en el que los fuertes abusan de su poder para sustituir la democracia por un régimen autoritario y en el que el odio se convierte en arma para privar de derechos e incluso exterminar a pueblos enteros.

Rendimos homenaje al papel histórico de las fuerzas aliadas y a sus sacrificios en la derrota del nazismo. También recordamos que la Segunda Guerra Mundial provocó divisiones dolorosas en la propia Europa y que, para muchos europeos, el final de la guerra no trajo consigo la libertad, sino más subyugación y más crímenes de lesa humanidad.

Al reflexionar sobre este solemne aniversario, nos enfrentamos a la dolorosa realidad de que la guerra ha vuelto al continente europeo. La Unión Europea reitera su condena rotunda de la guerra de agresión de Rusia contra Ucrania, que constituye una violación manifiesta de la Carta de las Naciones Unidas, y reitera su continuo apoyo a la independencia, soberanía e integridad territorial de Ucrania dentro de sus fronteras reconocidas internacionalmente. Recordamos las resoluciones de la Asamblea General en las que se hace un llamamiento en pro de una paz justa, duradera y general, de conformidad con la Carta de las Naciones Unidas.

Para construir nuestro futuro común, también debemos ser conscientes de la manera en que nuestra historia moldea el presente. Es crucial que en las iniciativas de conmemoración de la Segunda Guerra Mundial se siga defendiendo la verdad histórica y la reconciliación. Desgraciadamente, en este salón ya hemos asistido hoy a una oleada de tergiversaciones históricas, discursos de odio y retórica divisoria vertidos por el primer orador. Subrayamos, en consonancia con la Carta de las Naciones Unidas, que no cabe justificación alguna para la agresión contra parte del territorio de un Estado Miembro de las Naciones Unidas independiente, libre y pacífico ni para el intento de anexionársela. El intento de equiparar la invasión de Ucrania con la lucha contra el nazismo es el ejemplo más vil de distorsión de la historia y, francamente, una ofensa escandalosa a la memoria de las víctimas del nazismo en la Segunda Guerra Mundial.

La Sra. Ataeva (Turkmenistán), Vicepresidenta, ocupa la Presidencia.

La Carta de las Naciones Unidas fue la respuesta esencial al trágico legado de la Segunda Guerra Mundial. Y también lo son los Convenios de Ginebra. Debemos

recordar que en todos los continentes siguen proliferando conflictos y guerras que exigen una respuesta colectiva a fin de garantizar la paz y los derechos humanos. Ochenta años después del final de la Segunda Guerra Mundial, se nos recuerda la solemne responsabilidad que se nos ha confiado, a saber, la de permanecer fieles al compromiso colectivo de defender los principios de la Carta de las Naciones Unidas y garantizar que los horrores de la guerra nunca se repitan.

La Unión Europea es en sí misma un proyecto de paz, creado tras la Segunda Guerra Mundial para garantizar que el conflicto armado no vuelva a utilizarse como alternativa al diálogo y la cooperación. Reiteramos nuestro empeño inquebrantable a favor del respeto, la protección y el cumplimiento universales de los derechos humanos. Condenamos de manera inequívoca todas las formas de antisemitismo, racismo, odio y discriminación, y pedimos que se adopten más medidas para luchar contra esos fenómenos. La memoria del Holocausto es un elemento clave para fomentar la tolerancia, el entendimiento mutuo, el patrimonio cultural y el diálogo intercultural.

En conclusión, al honrar la memoria de quienes sufrieron y perecieron en la Segunda Guerra Mundial, volvamos a comprometernos para defender el orden internacional basado en el derecho internacional, cuyo núcleo son las Naciones Unidas. Promovamos la paz en todas sus dimensiones y reafirmemos nuestra determinación para promover soluciones multilaterales basadas en la Carta de las Naciones Unidas.

La Presidenta Interina (*habla en inglés*): Doy ahora la palabra al representante de Tayikistán, quien intervendrá en nombre de la Comunidad de Estados Independientes.

Sr. Hikmat (Tayikistán) (*habla en ruso*): En nombre de los miembros de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), a saber, Armenia, Belarús, Kazajistán, Kirguistán, Rusia, Turkmenistán, Tayikistán y Uzbekistán, felicitamos a los participantes en esta sesión conmemorativa extraordinaria de la Asamblea General de las Naciones Unidas con motivo del 80º aniversario de la victoria sobre el nazismo, el fascismo y el militarismo durante la Segunda Guerra Mundial.

Los pueblos de los miembros de la CEI honran y recuerdan esta fecha sagrada como símbolo del valor, la unidad y el sacrificio único realizado en aras de la paz en la tierra. La victoria obtenida por las fuerzas de la coalición antihitleriana, con la inestimable contribución de la población soviética multinacional, supuso el triunfo del humanismo sobre las ideologías misantrópicas.

Hoy, nuestra responsabilidad común es preservar la memoria histórica de los trágicos acontecimientos de aquellos años y de las hazañas de los millones de personas que lucharon y murieron en nombre de la libertad y el futuro. Consideramos inadmisibles todo intento de revisar o falsear los resultados de la Segunda Guerra Mundial y de restar importancia al papel de los pueblos de los Estados de la CEI y de los participantes en los movimientos de liberación de los países europeos en la derrota del nazismo.

Esa posición de principio quedó consagrada en una declaración aprobada por los Estados miembros de la Comunidad de Estados Independientes el 8 de octubre de 2024, dirigida a los pueblos de la Comunidad y a la comunidad mundial con motivo del 80º aniversario de la victoria del pueblo soviético en la Gran Guerra Patria de 1941-1945. Nuestros Jefes de Estado, en particular, afirmaron que no debemos olvidar las valoraciones de principios de las actividades criminales de los dirigentes nazis, emitidas por el Tribunal de Núremberg y confirmadas por la Asamblea General de las Naciones Unidas. Recalcamos que la expulsión y el exterminio de la población pacífica llevados a cabo por los nazis y sus cómplices, establecidos en los fallos del Tribunal, deben ser reconocidos como genocidio del pueblo de la Unión Soviética. Los intentos de atribuir a la Unión Soviética el mismo grado de responsabilidad que a la Alemania nazi en el desencadenamiento de la guerra son inmorales y ofenden la memoria de quienes libraron al mundo de la peste parda.

Condenamos enérgicamente los intentos de absolver a los verdaderos autores de la guerra. En este sentido, instamos a la comunidad mundial a que se oponga con firmeza a la glorificación de los movimientos nacionalistas nazis, fascistas y similares, así como a sus seguidores. Al mismo tiempo, pedimos la condena y el enjuiciamiento de quienes insulten la memoria de los soldados liberadores.

Acogemos con agrado la resolución de la Asamblea General relativa a la lucha contra la glorificación del nazismo, el neonazismo y otras prácticas que contribuyen a exacerbar las formas contemporáneas de racismo, discriminación racial, xenofobia y formas conexas de intolerancia (resolución 78/190), y expresamos nuestra adhesión plena a los objetivos y principios formulados en la Convención Internacional sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial.

El año 2025 se ha declarado en la CEI año de conmemoración del 80º aniversario de la victoria en la Gran Guerra Patria, año de la paz. Todos los Estados de la CEI celebran actos conmemorativos para preservar la memoria colectiva y promover la cooperación internacional en pro de la paz. Sobre la base del plan de actos para conmemorar ese aniversario en 2025, en la CEI hemos elaborado documentos nacionales centrados en la prestación de apoyo social concreto y asistencia material a los veteranos y en la realización de programas y actos educativos para preservar y transmitir la memoria histórica.

Estamos convencidos de que preservar la paz y condenar las manifestaciones de fascismo, nazismo y militarismo es nuestra prioridad común y urgente.

Sra. Leendertse (Alemania) (*habla en inglés*): Alemania se adhiere a la declaración formulada por la Unión Europea.

En mayo de 1945, hace 80 años, las armas callaron en Europa. La guerra había terminado, pero el continente estaba en ruinas. De los escombros de aquella devastación, un nuevo mundo comenzó a tomar forma.

La guerra, desencadenada por la Alemania nazi, causó un sufrimiento incommensurable, en Europa y fuera de ella. Ese legado de dolor, destrucción y pérdida quedará ligado para siempre al nombre de mi país. Llevamos esa carga con humildad y responsabilidad moral, y la aceptamos sin vacilar.

Las Naciones Unidas nacieron de esa catástrofe. Y hoy, en el salón, en nombre de Alemania, me inclino en recuerdo de los millones de personas que perecieron: hombres, mujeres y niños de innumerables naciones y comunidades, tanto soldados como civiles. Los lloramos, los recordamos y pedimos perdón, perfectamente conscientes de que el horror infligido nunca podrá deshacerse.

Los crímenes del régimen nazi no tienen parangón. El asesinato de 6 millones de judíos en la Shoá; los crímenes de guerra en Europa Oriental; la persecución y los asesinatos masivos de romaníes y sintis, de personas LGBTQI+, de personas con discapacidad, de disidentes políticos y de todos los que se atrevieron a alzar la voz, o simplemente a ser o actuar de forma diferente: esas atrocidades marcarán para siempre nuestra historia.

Alemania ha asumido su responsabilidad por esos crímenes y seguirá haciéndolo. La historia de nuestra nación nos obliga a mantener viva la memoria, no solo con palabras, sino también con hechos. Especialmente ahora, cuando el número de supervivientes es cada vez menor, la obligación de recordar —y la obligación de vigilar— es nuestra.

El recuerdo debe ir acompañado de la justicia. Los juicios de Núremberg, celebrados inmediatamente después de la guerra, marcaron un punto de inflexión en el derecho internacional. Por primera vez, dirigentes políticos y militares rindieron cuentas individualmente por crímenes de lesa humanidad. Núremberg sentó las bases de la justicia transicional y del desarrollo del derecho penal internacional

moderno. Estableció el principio de que quienes cometen atrocidades no pueden gozar de impunidad.

Alemania sigue defendiendo ese principio. En la actualidad, respaldamos con firmeza los mecanismos internacionales de justicia, desde nuestro apoyo firme a la Corte Penal Internacional hasta nuestras contribuciones a tribunales especiales y los esfuerzos que desplegamos para garantizar la rendición de cuentas internacional. Creemos que la justicia no es únicamente una cuestión del pasado, sino un pilar de la paz, la reconciliación y la disuasión en el mundo de hoy.

Para mi país y mi pueblo, el final de la guerra fue un momento liberador. Fue un punto de inflexión espiritual y política para Alemania. Nos obligó a enfrentar nuestro pasado, en lugar de suprimirlo o rehuirlo, y a construir una identidad democrática cimentada en la dignidad y los derechos humanos. El año 1945 no solo marcó un final, sino también un comienzo. Ese año vio el inicio de la cooperación internacional, de la sustitución de la fuerza bruta por las normas, y de la elección por las naciones de la paz y la colaboración frente a la venganza y la confrontación. Durante los decenios que siguieron a 1945, tuvieron lugar acontecimientos que pocos podrían haber imaginado. Francia, Polonia y nuestros países vecinos, que sufrieron mucho bajo la ocupación alemana, hoy son los asociados y amigos más cercanos de Alemania. A partir de un continente reducido a escombros, empezó a tomar forma una Europa pacífica y unida, partidaria de la democracia, la integración económica y la seguridad colectiva. En un acto de valentía y humanidad extraordinarias, Israel tendió la mano a Alemania apenas dos décadas después de la Shoá y forjó relaciones diplomáticas para dar lugar a una alianza que dura ya 60 años. En 1973, ambos Estados alemanes fueron admitidos en las Naciones Unidas como orgullosos Miembros de la Organización y, en 1990, regresó a la escena mundial una Alemania reunificada, plenamente soberana, que contaba con el apoyo de las mismas naciones que antaño habían sido sus enemigas.

Esos hitos de la historia alemana deben infundirnos esperanza y recordarnos que hasta las trincheras más profundas pueden superarse con el tiempo. Aun habiendo vivido los momentos más oscuros, el perdón, la reconciliación y el restablecimiento de la confianza son posibles si se fundan en el reconocimiento pleno y sin reservas de los crímenes cometidos. Solo sobre esa base pueden materializarse la paz y la prosperidad. Por eso, Alemania apoya indefectiblemente a las Naciones Unidas y el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. “Nunca más” quiere decir nunca más solos, nunca más indiferentes, pero siempre atentos. Significa defender los principios del derecho internacional, apoyar a quienes plantan cara a las injusticias y tender puentes para zanjar las divisiones. Significa defender juntos la dignidad, la humanidad y la paz. También implica alzar la voz cuando los hechos históricos se distorsionan adrede o se utilizan indebidamente con fines políticos, sobre todo cuando se intenta justificar el uso de la fuerza contra un Estado soberano. No podemos permitir que la historia se utilice como arma.

“Nunca más” no es solo una promesa que hizo Alemania: es una obligación universal vinculante para todos. Tenemos la obligación de preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, proteger la vida de los civiles e interceder por los vulnerables, defender la dignidad de todo ser humano y salvaguardar los principios de la Carta de las Naciones Unidas para todos, en particular las generaciones futuras.

Sr. Mahmoud (Egipto) (*habla en árabe*): En este aniversario, al recordar los horrores de la Segunda Guerra Mundial, cuando la humanidad fue testigo de las manifestaciones más atroces de la violencia y el odio y se violaron los derechos humanos más básicos, nos ponemos de pie para rendir homenaje a los millones de víctimas civiles y militares de la guerra. Una de las batallas más importantes de la guerra tuvo lugar en suelo egipcio. Fue la segunda batalla de El Alamein, que tuvo lugar en 1942 en el noroeste de Egipto, a orillas del Mediterráneo. Según algunos cálculos,

unos 20.000 soldados murieron en la batalla, y sus restos aún hoy permanecen en tierra egipcia. Muchos otros resultaron heridos. Más allá de la pérdida estimada de vidas humanas, la batalla dejó un pesado legado que ha obstaculizado las iniciativas de desarrollo de Egipto durante décadas y se ha cobrado la vida de muchos civiles, pues las minas terrestres colocadas en territorio egipcio en el campo de batalla tuvieron efectos devastadores. Egipto ha emprendido esfuerzos ingentes para remover esas minas y promover el desarrollo de esa zona preciosa del territorio egipcio. Esos esfuerzos culminaron con la inauguración oficial de la nueva ciudad de El Alamein en 2018, que ahora está dedicada a la civilización, la cultura y el turismo para todo el mundo.

La conmemoración de este aniversario no se limita al recuerdo y la reflexión, sino que nos invita nuevamente a pensar en nuestras responsabilidades colectivas para prevenir la repetición de esas tragedias y a hacer todo lo posible para evitar que los conflictos vuelvan a producirse. Para ello, debemos defender los principios del diálogo y la solución pacífica de las controversias, y atacar las causas profundas de los conflictos. El mundo salió de la Segunda Guerra Mundial con la voluntad sincera de establecer un sistema internacional que promoviera la paz, garantizara los derechos humanos y protegiera a los pueblos del flagelo de la ocupación y el colonialismo. Así nació esta Organización, tras redactarse la Carta de las Naciones Unidas, que defiende los principios de la justicia, la humanidad, la igualdad y el respeto de los derechos humanos. Al ser uno de los países fundadores de las Naciones Unidas, Egipto siempre ha desempeñado un papel pionero y firme en la búsqueda y la defensa de la paz. Esa paz se basa en los principios de verdad, justicia y equilibrio, y en el apoyo a los propósitos y principios de las Naciones Unidas, con base en nuestra creencia de que en el mundo hay sitio para todos y de que la cooperación es la opción más sostenible y eficaz para lograr el desarrollo.

En línea con nuestro apego firme a los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas, y mientras rendimos homenaje a las víctimas de la Segunda Guerra Mundial, queremos poner de relieve una vez más lo que el hermano pueblo palestino está viviendo hoy en el territorio palestino ocupado de Gaza. Su sufrimiento continúa, y se están cometiendo quebrantamientos graves y espantosos del derecho internacional humanitario y de las resoluciones de legitimidad internacional. La violencia y la destrucción en la Franja de Gaza y la Ribera Occidental, así como la negación sistemática de los derechos fundamentales del hermano pueblo palestino, plantean serias dudas sobre el ahínco con que la comunidad internacional defiende los principios que todos prometimos encarnar tras la Segunda Guerra Mundial.

Desde esta tribuna y a la luz de las delicadas circunstancias internacionales y de los desafíos sin precedentes que enfrenta el mundo, volvemos a pedir a los Miembros que vean este 80° aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial como una oportunidad para renovar nuestra promesa de mantener las bases de la acción multilateral y apoyar a las Naciones Unidas para que desempeñe las funciones clave que motivaron su creación, especialmente en lo que respecta al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, el respaldo de las iniciativas de desarrollo, el fortalecimiento de los ejes de la labor humanitaria y la preservación de los derechos humanos. Debemos hacerlo promoviendo la equidad, la igualdad, la justicia y la no discriminación, de un modo que preserve la dignidad humana de todos los pueblos, sin excepciones, selectividad ni dobles raseros.

Sra. Shea (Estados Unidos de América) (*habla en inglés*): Nos hemos reunido hoy para conmemorar el 80° aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, un conflicto que se saldó con unos 60 millones de fallecidos en todo el mundo e incontables heridos, desplazados o desaparecidos, la mayoría de ellos civiles. En estos momentos, recordamos el extraordinario horror del Holocausto, en el que 6 millones de hombres, mujeres, niñas y niños judíos fueron vilmente asesinados por el régimen nazi genocida y sus colaboradores, en uno de los períodos más sombríos de la

historia de la humanidad. Recordamos también a los romaníes y a los sintis, a los pueblos de ascendencia eslava y polaca, a las personas con discapacidad, a los prisioneros de guerra soviéticos, a los Testigos de Jehová, a las personas perseguidas por su orientación sexual y a tantas otras víctimas inocentes.

Debemos renovar nuestra solemne promesa de asegurar que esas atrocidades no se repitan nunca más, y declarar que ese “nunca más” significa también el momento actual, cuando afrontamos el peor brote de antisemitismo en varias generaciones. El recuerdo de la Segunda Guerra Mundial ha de ser un momento para homenajear los enormes sacrificios realizados por las fuerzas aliadas contra las Potencias del Eje, en particular el sacrificio de los soldados estadounidenses y de todos los civiles que se sumaron a esa noble causa. La valentía y la dignidad de quienes se opusieron y resistieron a esas fuerzas son un legado para las generaciones posteriores en todo el mundo. Exhortamos a los miembros de la comunidad internacional a que reflexionen sobre aquella terrible guerra y afronten, con franqueza y sin distorsiones, las lecciones que nos enseña. Una de esas enseñanzas es la siguiente: la tiranía y la agresión serán respondidas con resistencia, y finalmente la justicia prevalecerá.

Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, los principios de la soberanía e independencia política de los Estados y de la dignidad igual para todas las personas quedaron consagrados en la Carta de las Naciones Unidas y en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, a fin de salvar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra. Al conmemorar el 80º aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, recordemos la importancia de esos principios, que están en la base de nuestro actual empeño colectivo por construir un mundo pacífico, próspero y justo para todos.

Sra. Lora-Santos (Filipinas) (*habla en inglés*): Este año se cumple el 80º aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, una guerra que causó un dolor indecible a la humanidad. Esta efeméride nos lleva a reflexionar sobre las lecciones de la guerra y nos permite apreciar realmente la necesidad y la importancia perdurable de una mayor cooperación internacional, así como de la paz y la reconciliación, en un mundo que evoluciona con rapidez y en el que sigue habiendo desconfianza y desigualdades.

Al igual que en muchos otros lugares del mundo, hoy aquí rendimos homenaje a los millones de personas que lucharon, hicieron sacrificios y perdieron la vida en la Segunda Guerra Mundial. Rendimos tributo a nuestros veteranos, a nuestros valientes soldados y a todos aquellos que se alzaron con firmeza en defensa de la libertad y de la humanidad. Nuestro país y nuestro pueblo sufrieron también gravemente los horrores de la Segunda Guerra Mundial. Nuestra capital, Manila, fue la ciudad más devastada del Pacífico y quedó prácticamente irreconocible después de tres años de bombardeos y combates urbanos encarnizados. Más de 100.000 civiles filipinos perdieron la vida defendiendo la libertad de Manila y otros muchos murieron al norte de la capital, donde perecieron un gran número de nuestros valientes soldados, obligados a caminar más de 100 kilómetros en la infame Marcha de la Muerte. De las cenizas de la Segunda Guerra Mundial surgieron la esperanza y la determinación de preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra. La devastación de la guerra hizo necesario el nacimiento de las Naciones Unidas. Debemos mantener con firmeza el espíritu de unidad y propósito compartido que estuvo en la base de las Naciones Unidas.

Como país que conoce bien las atrocidades que conlleva la guerra entre naciones, Filipinas ha elegido siempre el camino de la paz, y seguirá siguiéndolo a través de la diplomacia, el diálogo y la cooperación. Como ha declarado nuestro Presidente, siempre hemos tomado y tomaremos partido por lo que es justo. Seguiremos trabajando con nuestros asociados y con la comunidad internacional para acercar posiciones, encontrar soluciones, preservar el bien común global y afianzar nuestro compromiso compartido con una región y un mundo que han de regirse por normas y

no por la fuerza y en los que se deben respetar los derechos de todos los países, sean grandes o pequeños.

En honor a las víctimas de la Segunda Guerra Mundial, apoyamos solidariamente todos aquellos esfuerzos orientados a promover la paz mundial. Reafirmamos nuestra adhesión al multilateralismo, a la Carta de las Naciones Unidas, a nuestra condición de miembros responsables de la comunidad internacional y a la construcción de un mundo más justo, pacífico y próspero para la actual generación y para las generaciones venideras.

Sr. Song Kim (República Popular Democrática de Corea) (*habla en inglés*): La presente sesión, convocada cuando se celebra el 80º aniversario de la creación de las Naciones Unidas, constituye una ocasión importante, que reafirma la firme voluntad de la humanidad de evitar una repetición del flagelo de la Segunda Guerra Mundial, que trajo sufrimientos y miserias indecibles a la humanidad, y de seguir la senda conducente al desarrollo independiente y a un entorno pacífico.

La delegación de la República Popular Democrática de Corea aprovecha esta oportunidad para expresar sus más sentidas condolencias por las decenas de millones de personas inocentes que perdieron la vida durante la Segunda Guerra Mundial y por todas las demás víctimas y sus afligidos familiares. Asimismo, rendimos un solemne homenaje a los mártires antifascistas del mundo, que ofrendaron su preciosa vida luchando contra la Alemania nazi y contra el Japón imperialista.

El final de la Segunda Guerra Mundial fue una victoria histórica para la humanidad, conseguida gracias a la lucha conjunta de las fuerzas democráticas y antifascistas del mundo, encabezadas por el Ejército Rojo soviético. Fue un golpe en los cimientos del sistema imperialista de dominación colonial y sentó las bases para la construcción de un nuevo mundo multipolar. La victoria en la guerra mundial contra el fascismo está bañada también en la sangre del pueblo coreano, que hizo un gran sacrificio para derrotar al imperialismo japonés en el campo de batalla oriental. Kim Il Sung, el noble Presidente y fundador de la República Popular Democrática de Corea, organizó y libró durante 20 años una sangrienta lucha armada contra el Japón, lo que contribuyó a derrotar definitivamente al imperialismo japonés y aceleró la consecución de la victoria en la guerra del mundo contra el fascismo. Las hazañas de las fuerzas democráticas y antifascistas del mundo, que ofrendaron su sangre y su preciosa vida en la sagrada causa de la defensa de la paz, la seguridad, la justicia y la conciencia mundiales, han quedado grabadas para siempre en los anales de la lucha de la humanidad por la libertad y la independencia.

El final de la Segunda Guerra Mundial propició las condiciones necesarias para la creación de las Naciones Unidas, con el multilateralismo en su centro, y para el establecimiento del sistema de relaciones internacionales basado en los principios fundamentales de la igualdad soberana, el respeto de la soberanía y la no injerencia en los asuntos internos de los países. Sin embargo, hoy vemos gestos encaminados abiertamente a ensalzar o incluso reactivar la historia del fascismo en diversos lugares del mundo, lo que suscita una gran preocupación y obliga a la comunidad internacional a permanecer vigilante. En ciertos países europeos, estamos viendo intentos peligrosos y no disimulados de destruir monumentos dedicados al ejército soviético y de tratar a los nazis como héroes.

En particular, las autoridades japonesas se han propuesto distorsionar la historia, al tiempo que se obstinan en negar su pasado de invasiones. Se niegan a presentar disculpas sinceras y a abonar indemnizaciones por el crimen de dominación colonial de los tiempos del imperialismo japonés y, en cambio, persiguen la ambición de convertirse en una Potencia militar. La realidad es que, si se siguen desestimando los preocupantes intentos de negar el resultado de la Segunda Guerra Mundial, no podremos defender el espíritu fundamental de la Carta de las Naciones Unidas de

respeto por la soberanía de todos los países y naciones, lo que posibilitaría el resurgimiento del fascismo.

En este foro solemne para recordar a las víctimas de la Segunda Guerra Mundial, la delegación de la República Popular Democrática de Corea expresa su pleno apoyo y solidaridad al pueblo y al Gobierno de Rusia, en el contexto de sus esfuerzos por salvaguardar su soberanía y sus legítimos intereses de seguridad frente al neonazismo.

Además, en nombre de 1 millón de coreanos masacrados, 8,4 millones de víctimas que fueron reclutadas a la fuerza y de 200.000 esclavas sexuales del ejército japonés, instamos encarecidamente a Japón a que reconozca plenamente, se disculpe con sinceridad y ofrezca una indemnización exhaustiva por el crimen cometido a más tardar este año, cuando se cumple el 80º aniversario de su derrota.

Para concluir, la República Popular Democrática de Corea cumplirá también, en lo sucesivo, su responsabilidad y su papel de salvaguardar con firmeza la paz y la estabilidad en la península de Corea, en Asia Nororiental y en el resto del mundo, con miras a que no se repita la tragedia de la Segunda Guerra Mundial.

Sr. Evseenko (Belarús) (*habla en ruso*): La Segunda Guerra Mundial fue el conflicto más grande y más sangriento en la historia de la humanidad.

La relevancia y la tragedia de aquel conflicto mundial han sido tan grandes para el pueblo de mi país que hoy, cuando han transcurrido 80 años, en opinión del 90 % de los habitantes de Belarús, constituye uno de los acontecimientos más importantes de la historia de nuestro Estado. Por ese motivo, Belarús patrocinó con responsabilidad y orgullo la resolución 79/272, que solicita la celebración de una sesión extraordinaria conmemorativa de la Asamblea General. Agradecemos a todos los Estados su apoyo a esta importante iniciativa de conmemoración.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Belarús fue reconocida como la república de la Unión Soviética que más había sufrido y la primera en sufrir los embates de esta guerra. La guerra y el período de ocupación nazi ocasionaron daños irreparables a Belarús. Los nazis y sus secuaces destruyeron al menos 12.300 de nuestras aldeas, de las cuales 288 quedaron reducidas a cenizas con sus habitantes y nunca revivieron después de la guerra. De 270 ciudades, 209 fueron destruidas.

Según estimaciones apenas preliminares, los daños causados a Belarús por los criminales nazis durante los años de la guerra superan los 2,4 billones de dólares, y eso sin tener en cuenta el valor de los bienes culturales que fueron sustraídos del país y los nuevos datos sobre las comunidades afectadas. Belarús no ha recibido una compensación justa o proporcional por los daños causados a nuestro país y, lo que es más importante, a su población, si es que el propio concepto de compensación se puede considerar apropiado en semejantes circunstancias.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el pueblo bielorruso fue víctima de todas las formas de genocidio nazi, que se cobraron la vida de un tercio de los habitantes de nuestro país. En el territorio de Belarús los nazis organizaron más de 570 campos de exterminio masivo. El traslado forzado de adultos y niños con fines de explotación laboral y esclavitud *de facto* era una práctica generalizada, de la que hubo más de 380.000 víctimas.

Se han documentado no menos de 187 grandes operaciones punitivas contra la población civil de Belarús, incluidas redadas semanales a lo largo de cuatro años. Al exterminar a los bielorrusos, los nazis no tuvieron en cuenta la edad ni el género de las víctimas. Era el fascismo en su forma más inhumana y a una magnitud espantosa.

La guerra no pasó por alto a ninguna familia de Belarús. Todas las familias bielorrusas tienen historias y reliquias asociadas a aquel acontecimiento fatídico para toda la nación, como medallas concedidas a título póstumo, cartas carbonizadas enviadas desde el frente, fotos en blanco y negro con sentidas palabras escritas al

dorso y notificaciones de fallecimiento. Por eso, el Día de la Victoria, que Belarús conmemora cada año con motivo de la liberación de la ocupación nazi, es para nosotros una fiesta especial que, como dice la canción de posguerra, se conmemora con lágrimas en los ojos.

Estamos orgullosos de que los bielorrusos hayan hecho una contribución inestimable a la derrota del nazismo. Casi 1,5 millones de bielorrusos, hombres y mujeres, lucharon sin descanso en el frente en las filas del Ejército Rojo y en destacamentos partisanos, y sacrificaron su vida y su futuro por la libertad y la paz. Millones de trabajadores en la retaguardia y personal médico en el frente proporcionaron a los combatientes un apoyo esencial e inestimable.

Por ello, siempre rendimos un homenaje especial a los veteranos de guerra, los testigos vivos y los participantes directos en esos acontecimientos, guardianes de la memoria y la verdad de la tragedia que tuvo lugar. Hoy, en Belarús hay algo más de 800 veteranos y aproximadamente 6.000 víctimas de la guerra. Honramos su hazaña y les damos las gracias por la victoria y por garantizar la paz.

Nuestro país creó un sistema de apoyo social y asistencia a los participantes en la Segunda Guerra Mundial y sus víctimas, que se sigue perfeccionando constantemente. Hace una semana, el 1 de mayo, entró en vigor una ley actualizada sobre veteranos, que establece otras medidas de apoyo a los veteranos y las víctimas de guerra, entre ellas un aumento considerable de las pensiones, medicamentos gratuitos, medios de rehabilitación social y tratamientos en balnearios.

Honramos y recordamos a todos los que ya no viven. El heroísmo y las hazañas de Konstantin Zaslonov, Vera Kharuzhaya, Vasily Korzh, Zinaida Portnova, Marat Kazei, Nikolay Goyshik, Petr Miroshnichenko y cientos de miles de héroes conocidos y desconocidos quedarán grabados para siempre en nuestra memoria. Sus nombres y legados están inmortalizados en los nombres de calles y escuelas y en numerosos monumentos. En total, en los últimos 80 años, se han erigido en nuestro país más de 8.500 monumentos a los héroes y víctimas de la Segunda Guerra Mundial, así como a las víctimas del Holocausto, que tuvo lugar paralelamente al genocidio del pueblo bielorruso. Entre ellos figuran lugares conmemorativos, cementerios militares, monumentos, obeliscos, placas conmemorativas, paseos y parques.

En los últimos cinco años, se han adoptado una serie de medidas importantes a nivel nacional para recordar a las víctimas de la guerra y preservar la verdad y la memoria históricas. Se aprobó la Ley sobre el Genocidio del Pueblo Bielorruso, cuyo objetivo es impedir la rehabilitación del nazismo y los intentos de falsificar la historia, contrarrestar las manifestaciones neonazis en la sociedad bielorrusa moderna, y se actualizó la Constitución de la República de Belarús para incluir disposiciones sobre la preservación de la verdad y la memoria históricas de la Gran Guerra Patria y del heroísmo colectivo del pueblo.

En 2025, Belarús concluirá la implementación del programa estatal quinquenal sobre la perpetuación de la memoria de las personas que murieron defendiendo la patria, cuyo objetivo es preservar el patrimonio histórico-militar del pueblo bielorruso, impartir educación cívica y patriótica y garantizar la aplicación de los acuerdos internacionales sobre monumentos conmemorativos militares.

Está claro que la conservación de la memoria histórica solo es posible si se transmite de generación en generación con la participación activa de los jóvenes. Los temas de la Segunda Guerra Mundial y sus víctimas figuran en todos los programas académicos de Belarús. Las nuevas generaciones deben recordar las lecciones del pasado para evitar que se repita una tragedia semejante en lo sucesivo.

La Segunda Guerra Mundial no solo fue una lucha de los pueblos contra una amenaza existencial, sino también un triunfo de los aliados, un heroísmo sin precedente y de apoyo recíproco de los pueblos frente al peligro. La coalición antihitleriana aunó

los esfuerzos de países con sistemas políticos, tradiciones culturales y visiones del mundo diferentes, en aras de un objetivo mayor: salvar al mundo del mal. Además, esa solidaridad, esa capacidad de dejar de lado las diferencias por el bien común, debería servirnos de lección hoy en día.

Por supuesto, en la realidad actual, tal nivel de cooperación parece inimaginable. Hoy, cuando se intenta justificar y blanquear a los nazis y sus secuaces, reescribir la historia, borrar los logros de países incómodos y trazar nuevas líneas divisorias en beneficio de políticos poco convencionales y sus intereses a corto plazo, Belarús defiende con firmeza y determinación la preservación de la verdad histórica y la cooperación constructiva.

En nombre de la memoria de nuestros antepasados, debemos alejarnos de la confrontación y los prejuicios, buscar vías y oportunidades para entablar el diálogo y la cooperación, promover el progreso tecnológico y el comercio, compartir experiencias y ayudarnos unos a otros. Solo entonces, podremos cumplir la promesa consagrada en la Carta de las Naciones Unidas para salvaguardar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra y formar una comunidad de naciones verdaderamente unidas.

Sr. Szczerski (Polonia) (*habla en inglés*): Hay pocas naciones en el mundo para las que la conmemoración de la Segunda Guerra Mundial acarree un peso histórico y emocional tan profundo como para Polonia. Para nosotros, no se trata de un ejercicio simbólico, sino que constituye un momento para afrontar recuerdos dolorosos, presentar nuestros respetos a quienes sufrieron y resistieron a la tiranía y reafirmar nuestras responsabilidades.

Polonia fue la primera víctima de la Segunda Guerra Mundial, atacada por la Alemania nazi el 1 de septiembre de 1939 y después por la Unión Soviética el 17 de septiembre del mismo año. Esto se produjo a raíz del Pacto Ribbentrop-Molotov, cuyo objetivo era la partición de Europa Central, incluida Polonia, lo que supuso una clara violación de los fundamentos del derecho internacional. Estos dos actos coordinados de agresión marcaron el inicio de uno de los períodos más oscuros de la historia de Polonia y dieron comienzo a la guerra y al sufrimiento de toda la humanidad.

Para Polonia, la Segunda Guerra Mundial acarreó una devastación a una magnitud difícil de asimilar. Casi 6 millones de nuestros ciudadanos —aproximadamente el 17 % de nuestra población de antes de la guerra— perdieron la vida. Fue la mayor pérdida proporcional de cualquier país de Europa. Muchos de ellos eran judíos polacos, que perdieron la vida en el Holocausto.

Entre las víctimas se encontraban quienes perdieron la vida en combate, pero fueron muchos más los civiles: mujeres, niños y ancianos, deliberadamente atacados, deportados, obligados a pasar hambre, torturados y asesinados. Perecieron en los campos de exterminio de la Alemania nazi, en trabajos forzados y ejecuciones masivas, en gulags y persecuciones soviéticas, entre las que recordamos especialmente la masacre de Katyn de millares de militares y policías polacos, guardias fronterizos y prisioneros de guerra de la *intelligentsia*. Innumerables víctimas sufrieron a causa de experimentos pseudomédicos, violencia sexual, reasentamientos forzosos y secuestros de niños. No se trataba de atrocidades fortuitas; eran instrumentos sistemáticos de terror empleados en los territorios ocupados de Polonia. Es nuestro deber garantizar que ello nunca se olvide.

El Gobierno polaco nunca colaboró con los ocupantes, ni los ciudadanos polacos renunciaron jamás a su deseo de libertad. Por el contrario, los valientes soldados polacos luchaban contra el agresor en todo el mundo, en los frentes oriental y occidental, junto con los ejércitos aliados. A lo largo de la guerra, los polacos se enfrentaron heroicamente a la violencia y al sometimiento uniéndose a los levantamientos, sobre todo a los de Varsovia y el Gueto de Varsovia. Hoy rendimos homenaje a su heroísmo.

Gracias a esa lucha, Polonia sobrevivió a la guerra, pero los ciudadanos polacos no tuvieron la oportunidad de elegir libremente su futuro. El final de la guerra en 1945 no trajo la libertad para Polonia ni para muchos países de Europa Central y Oriental. En vez de ello, trajo otra forma de opresión: La dominación soviética tras el Telón de Acero, marcada por la explotación económica, la persecución política, la tortura y la represión implacable.

Hay una historia muy reveladora asociada a ello. Los representantes polacos no pudieron participar en la Conferencia de San Francisco de 1945 debido a que la Unión Soviética no se lo permitió. Un pianista polaco de fama mundial, Artur Rubinstein, que actuaba durante ese acto, observó que faltaba la bandera polaca. Dijo lo siguiente:

“En esta sala, donde las grandes naciones se han reunido para hacer de este mundo un lugar mejor, no veo la bandera de Polonia, en nombre de la cual se libró esta cruel guerra, de modo que ahora tocaré el himno nacional polaco”.

Así lo hizo.

No recordamos los crímenes cometidos durante la Segunda Guerra Mundial con objeto de atizar el odio, sino para defender la verdad. La verdad es el fundamento de la justicia y de la paz. Esa experiencia histórica conforma nuestra profunda e inquebrantable determinación de defender el derecho internacional y los valores consagrados en la Carta de las Naciones Unidas. Como Miembro fundador de esta Organización, Polonia sigue decidida, según el tenor de la Carta, a salvar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra. Esa determinación no es un vestigio del pasado. Una vez más, hoy en día, la paz en Europa se ve ensombrecida por la brutal guerra de agresión no provocada que libra la Federación de Rusia contra Ucrania, lo que demuestra que la paz es una necesidad imperiosa viva. Europa se enfrenta a una guerra iniciada por un régimen que pretende volver a trazar las fronteras por la fuerza. Una vez más, los civiles, incluidos los niños, son las principales víctimas. Debemos llamar a esa guerra por su nombre, a saber, una campaña neoimperial de conquista, y debemos responder con unidad, determinación y verdad.

Frente a ello, y recordando a las víctimas de la Segunda Guerra Mundial, Polonia hace un llamamiento a todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas para que defiendan los principios sobre los que se fundó la Organización: el derecho de los pueblos a la libre determinación y la soberanía e integridad territorial de los Estados. No podemos permitir que se normalice ninguna agresión.

La paz y la reconciliación son esenciales. No obstante, no pueden basarse en falsas equivalencias ni en el olvido. El origen latino de la palabra *reconciliāre* significa “volver a hacer el bien”, es decir, restaurar lo que se ha quebrado. Para esa restauración se requiere tanto de rendición de cuentas como de reparaciones. Se requiere del valor de decir la verdad y de la voluntad de garantizar que quienes cometen crímenes de guerra rindan cuentas. Solo así podremos honrar a las víctimas del pasado, no solo con palabras, sino con hechos. Solo entonces podremos cumplir la promesa de la Carta de lograr la paz, la justicia y la dignidad humana para todos. Asegurémonos de que los sacrificios de quienes perecieron en la Segunda Guerra Mundial no fueron en vano. Hagamos que nuestra generación, enfrentada a sus propias pruebas, no le falle a la causa de la paz.

Sra. Hayovyshyn (Ucrania) (*habla en inglés*): Ucrania se suma a la declaración formulada por el representante de la Unión Europea.

Hoy nos reunimos en el salón de la Asamblea General en solemne recuerdo de todas las víctimas de la Segunda Guerra Mundial, uno de los capítulos más oscuros de la historia de la humanidad.

Muy a nuestro pesar, el lunes, este mismo salón de la Asamblea General lo utilizó vergonzosamente la Federación de Rusia para un supuesto concierto conmemorativo de las víctimas de la Segunda Guerra Mundial, un acto que, en realidad,

sirvió de vehículo para difundir propaganda rusa sobre la llamada “Gran Guerra Patriótica”. No se asemejó a más que a una danza sobre tumbas. Y todo ello ocurría en un momento en que la comunidad internacional se unía para rendir homenaje a los millones de personas que dieron su vida por la paz, la libertad y la dignidad. Fue un claro ejemplo de cómo la Federación de Rusia conmemora a las víctimas de la Segunda Guerra Mundial, a saber, con un flagrante desprecio moral de la tragedia. Glorifica un pasado doloroso y convierte el recuerdo en una muestra de celebración cínica en un contexto de sufrimiento y de pérdida, sirviendo en última instancia como herramienta de manipulación ideológica y propaganda política. No se debe profanar la memoria de millones de personas tolerando la mentira soviética rusa de la “Gran Guerra Patriótica”. Se trata de honrar la memoria, y no de manipular. Se trata de sembrar la paz y no de librar la guerra. Una vez más, debo subrayar que fue una actuación irrespetuosa —una verdadera danza sobre tumbas— celebrada en el mismo corazón de las Naciones Unidas.

Hace ochenta años, naciones de todo el mundo se unieron para hacer frente al mal. Con el asombroso costo de decenas de millones de vidas, se puso fin a la guerra y se sentaron las bases de una paz duradera y de la cooperación internacional. De aquella devastación surgió la visión de las Naciones Unidas, primero en la Declaración de las Naciones Unidas de 1942 y después con la fundación de esta Organización.

Ucrania fue una de las naciones más devastadas por la Segunda Guerra Mundial, la cual sufrió una brutal opresión desde el principio, cuando los regímenes totalitarios de Berlín y Moscú invadieron conjuntamente Polonia en 1939. Nunca debemos olvidar que la Unión Soviética colaboró con la Alemania nazi desde el mismo inicio de la guerra. Cuando esa alianza se derrumbó en 1941, Ucrania soportó todo el peso de la ocupación nazi, y se convirtió en una zona de terror, trabajos forzados y asesinatos en masa. Y esa opresión del pueblo ucraniano prosiguió durante la época soviética.

El frente barrió dos veces el territorio de Ucrania. Murieron al menos 8 millones de ucranianos: 5 millones de civiles y 3 millones de soldados. Entre las víctimas en suelo ucraniano se contaron 1,5 millones de judíos que fueron asesinados durante el Holocausto, aproximadamente una cuarta parte de todos los judíos europeos asesinados durante la Shoá.

Hay que reconocer la contribución de todas las naciones que lucharon contra el nazismo. El papel de mi país en la derrota del nazismo es innegable. Más de 6 millones de ucranianos lucharon en las filas del Ejército Rojo, mientras que cientos de miles más se unieron a los movimientos de resistencia y a las fuerzas armadas de los aliados de la coalición antihitleriana. Esta gran victoria —y la paz y la libertad de Europa— se consiguieron con un gran sacrificio ucraniano. Por eso, rechazamos de forma categórica el cinismo de Moscú cuando intenta apropiarse este logro histórico para justificar una agresión contra nuestro Estado y nuestro pueblo.

Honramos la memoria de todos los que lucharon y perecieron. Su sacrificio forma parte inseparable de nuestra historia e identidad nacionales. Acompañamos este homenaje con una condena inequívoca del nazismo y de todas las formas de totalitarismo. Alimentado por el odio y la propaganda, el régimen nazi infligió el genocidio, la agresión y la tiranía a una escala inimaginable. Hoy debemos oponernos con la misma determinación a todo intento de revivir o justificar ese tipo de ideologías.

Trágicamente, la promesa solemne de “nunca más” sigue sin cumplirse. Desde 1945, el mundo ha sido testigo de nuevas guerras y atrocidades. Europa se enfrenta hoy a su guerra de agresión más brutal desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Mientras trata de monopolizar el recuerdo de la victoria sobre el nazismo, la Federación de Rusia ha librado desde 2014 una guerra a gran escala contra Ucrania, y ha cometido los mismos crímenes a los que una vez dijo oponerse. Al igual que los nazis deshumanizaban a sus víctimas, Rusia deshumaniza ahora a los ucranianos con el pretexto falso y cínico de la desnazificación.

Durante más de tres años, Rusia ha perpetrado atrocidades generalizadas: ataques incesantes con misiles contra zonas residenciales e infraestructuras civiles, ejecuciones de prisioneros de guerra, torturas sistemáticas y la deportación forzosa de más de 19.500 niños ucranianos, actos que se ajustan a la definición jurídica de genocidio. La Corte Penal Internacional dictó una orden de detención contra Putin por esos crímenes.

Al utilizar como arma las formulaciones relativas al antinazismo, Rusia pretende justificar sus propios crímenes de guerra y de lesa humanidad. Mientras conmemoramos a las víctimas de la Segunda Guerra Mundial, misiles y aeronaves no tripuladas rusas siguen atacando hogares, hospitales y escuelas ucranianos, a resultas de lo cual mueren civiles, incluidos niños, ancianos y personas con discapacidad. Debemos oponernos colectivamente a todos los que manipulan la historia, se apropian de nuestra victoria colectiva y justifican agresiones y crímenes.

En este día de conmemoración, reflexionemos no solo sobre el pasado, sino actuemos también con determinación en el presente. Los sacrificios realizados hace 80 años no deben ser objeto de traición. Exhortamos a todos los Estados Miembros a que redoblen sus esfuerzos colectivos para defender la Carta de las Naciones Unidas y garantizar que prevalezcan la justicia, la rendición de cuentas y una paz duradera, en Ucrania y en todo el mundo. Solo mediante la unidad y el apoyo inquebrantable a quienes sufren ataques podremos honrar verdaderamente la memoria de todas las víctimas de la Segunda Guerra Mundial y garantizar que la promesa de “nunca más” se convierta en nuestra realidad.

Sr. Kariuki (Reino Unido) (*habla en inglés*): Hoy recordamos las contribuciones y sacrificios inmensos realizados y honramos las vidas perdidas en aras de la paz y la seguridad hace 80 años. Las fuerzas aliadas, unidas en su misión de liberar a Europa de la opresión nazi, fueron victoriosas.

No obstante, nunca debemos olvidar el trágico costo humano de la Segunda Guerra Mundial: más de 70 millones de vidas perdidas en todo el mundo. Y a medida que las guerras mundiales empiezan a desvanecerse de la memoria viva, debemos asegurarnos de que las historias de quienes las vivieron y lucharon en ellas sean recordadas por las generaciones venideras. La Organización se fundó tras un conflicto para preservar a las generaciones venideras del azote de la guerra, respaldada por una Carta que unía al mundo con el objetivo de mantener la paz y la seguridad internacionales, reiterar nuestra fe común en los derechos humanos y promover el desarrollo. El Reino Unido mantiene una adhesión indefectible a esos principios y a la Carta de las Naciones Unidas. En el 80º año de la Organización, nuestra misión común es más importante que nunca. El mundo afronta el mayor número de conflictos a escala mundial desde la creación de la Organización. Los costos humanos aumentan. En Europa, la seguridad se ve amenazada una vez más por el flagrante incumplimiento de los principios de igualdad soberana de los Estados y de respeto a la integridad territorial. Esos principios son importantes para todos los Estados.

Mi abuelo sirvió como oficial del ejército británico en Francia e Italia durante la Segunda Guerra Mundial. Y decenios más tarde, incluso en plena Guerra Fría, hablaba efusivamente de las fuerzas soviéticas junto a las que había luchado para derrotar al fascismo. Las afirmaciones de Rusia en el sentido de que el Gobierno ucraniano es afín al régimen de los nazis alemanes es propaganda falsa y malintencionada que insulta la memoria de las fuerzas soviéticas que lucharon y murieron durante la Segunda Guerra Mundial. Hoy hemos sido convocados aquí con un propósito solemne: conmemorar a las víctimas de la Segunda Guerra Mundial. El hecho de que Rusia considere oportuno utilizar esta sesión para difundir desinformación flagrante es vergonzoso. No obstante, no nos dejaremos distraer. Como mi Primer Ministro ha dicho, este es un momento para celebrar la paz que tanto costó conseguir, honrar la memoria de quienes perdieron la vida y recordar los sacrificios realizados por tantas

personas para garantizar nuestra libertad. El Reino Unido seguirá rindiendo homenaje a las víctimas de la guerra ejerciendo presión en favor de una paz justa y duradera en respuesta a los conflictos en todo el mundo. Al reunirnos hoy, alentamos a todos los Estados Miembros a que consideren este aniversario un crudo recordatorio de que la paz no puede darse por sentada. Todos debemos redoblar nuestros esfuerzos para lograr la paz y la seguridad que los pueblos del mundo necesitan y merecen.

Sr. Musayev (Azerbaiyán) (*habla en inglés*): Ante todo, quisiera sumarme a quienes que me han precedido en el uso de la palabra para subrayar la importancia de esta sesión solemne de la Asamblea General. Hoy nos reunimos para recordar uno de los capítulos más trágicos y decisivos de la historia —la Segunda Guerra Mundial— y para honrar los inmensos sacrificios realizados en nombre de la paz, la libertad y la dignidad humana. La Segunda Guerra Mundial trajo un dolor indecible a la humanidad. Sus dimensiones, devastación y pérdida de vidas no tuvieron precedentes. Decenas de millones de personas perecieron, ciudades enteras fueron reducidas a ruinas y generaciones quedaron marcadas por el dolor. Los horrores de la guerra y el recuerdo de sus víctimas innumerables no deben olvidarse nunca. Esta conmemoración nos ofrece una oportunidad excepcional para reflexionar sobre nuestro pasado común. Nos recuerda la resiliencia de la humanidad, los peligros de la división y el odio, y la importancia constante de la unidad frente a las amenazas existenciales. Este es un buen momento para honrar a quienes dieron la vida, así como para reconocer a las naciones y pueblos cuyo valor permitió vencer al fascismo.

La Segunda Guerra Mundial afectó a todos los continentes y a todas las naciones, y mi país, Azerbaiyán, no fue la excepción. La guerra dejó huella en todas las familias azerbaiyanas. Casi 700.000 de nuestros hijos e hijas —de los 3,4 millones de habitantes totales de Azerbaiyán en aquel momento— fueron enviados al frente. Más de 350.000 sacrificaron su vida.

La victoria se logró no solo en el campo de batalla, sino también en el frente interno, gracias a su voluntad y dedicación inquebrantables. Azerbaiyán desempeñó un papel fundamental abasteciendo la economía de guerra. Los trabajadores petroleros de nuestra capital, Bakú, trabajaron día y noche y produjeron más del 80 % del crudo y el 96 % de los lubricantes utilizados por el ejército. Durante la guerra, se fabricaron en Azerbaiyán más de 130 tipos de equipos militares, armas y municiones.

Nuestro pueblo también abrió sus hogares y sus corazones a los necesitados y prestó asistencia humanitaria vital. Solo en Bakú, funcionaban 41 hospitales militares, en los que recibieron atención médica más de 440.000 soldados heridos.

El deseo de salvar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra condujo a la creación de las Naciones Unidas y al desarrollo del derecho internacional de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario. La creación de instituciones judiciales multinacionales para enjuiciar y castigar los crímenes de guerra puso de relieve el potencial que tiene la justicia cuando se la respalda con voluntad política.

Las lecciones extraídas de la Segunda Guerra Mundial siguen influyendo en el mundo actual, sobre todo cuando aumentan las tensiones, resurgen viejos conflictos o surgen otros nuevos, y se erosionan el derecho y las costumbres internacionales. Si el derecho internacional y el estado de derecho han de significar algo —y vaya que es así, al menos a juzgar por las declaraciones y debates que se dan entre las paredes de este mismo salón casi a diario—, la selectividad y la doble moral no deben tener cabida en los asuntos vinculados al mantenimiento de la paz y la seguridad, el respeto de la soberanía y la integridad territorial de los Estados, y la promoción de los derechos humanos y la justicia.

Al conmemorar este aniversario y a todas las víctimas, debemos reafirmar nuestro respeto de los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas y reforzar nuestra determinación de prevenir y resolver los conflictos, poner fin a la

impunidad de los delitos graves, combatir la desinformación, fomentar la cooperación y construir un futuro basado en la paz, la justicia y el respeto mutuo.

Sr. Fu Cong (China) (*habla en chino*): China acoge la convocatoria de esta sesión extraordinaria de la Asamblea General. Al conmemorarse el 80° aniversario de la victoria en la guerra mundial antifascista, lloramos con gran pesar a las víctimas inocentes de la guerra y rendimos el mayor homenaje a los héroes que dedicaron sus preciosas vidas a esa victoria y a la causa de la paz, la civilización y el progreso de toda la humanidad.

Hace 80 años, los pueblos del mundo, mediante una lucha ardua y sangrienta, derrotaron completamente al fascismo al conseguir una victoria monumental donde la justicia triunfó sobre el mal, la luz sobre las tinieblas y el progresismo sobre el reaccionarismo. Como principal escenario oriental de la guerra, China sufrió enormes bajas, que superaron los 35 millones. Al contener a las principales fuerzas del militarismo japonés, China no solo aseguró su propia supervivencia y salvación, sino que también prestó gran ayuda a las fuerzas de la resistencia en Europa y el Pacífico. Así, hizo un aporte indeleble a la victoria en la guerra mundial antifascista.

La victoria en la Segunda Guerra Mundial inauguró una nueva era de paz y desarrollo. Ochenta años después, el mundo ha entrado en un nuevo período de turbulencias y cambios; el unilateralismo está en auge, y la intimidación campa a sus anchas. Debemos aprovechar la oportunidad que nos brinda el 80° aniversario de la victoria en la Segunda Guerra Mundial para aprender de la historia, reafirmar nuestras aspiraciones y compromisos originales, asumir las responsabilidades de nuestro tiempo y forjar un futuro prometedor.

En primer lugar, debemos promover entre todos que se comprenda correctamente lo que sucedió en la Segunda Guerra Mundial. Recordar la historia no equivale a practicar el odio, sino a valorar mejor el presente y forjar el futuro. Solo si entendemos bien la historia podremos cumplir el noble ideal consagrado en la Carta de las Naciones Unidas de “preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra”. Todo plan o acción que pretenda minimizar, negar o distorsionar la historia de la Segunda Guerra Mundial, así como todo discurso que glorifique las guerras de agresión y el dominio colonial, constituye una burla de la historia y una afrenta a la conciencia humana, y sin duda se ganará la desconfianza de la comunidad mundial.

En segundo lugar, debemos salvaguardar entre todos la victoria en la Segunda Guerra Mundial. Tras aquella catástrofe inmensa, la comunidad internacional se unió para crear las Naciones Unidas y redactar su Carta, con lo que sentó la piedra angular del orden internacional moderno y estableció las normas básicas que rigen las relaciones internacionales. Los conceptos como la igualdad soberana, la no injerencia y el arreglo pacífico de las controversias se han ido arraigando poco a poco en el corazón de los pueblos. Debemos defender firmemente el sistema internacional centrado en las Naciones Unidas, el orden internacional basado en el derecho internacional y el sistema de comercio multilateral basado en normas, y rechazar con rotundidad todas las formas de política de poder y de intimidación.

En tercer lugar, tenemos que defender conjuntamente la autoridad y el estatus de las Naciones Unidas. La Organización ha desempeñado un papel decisivo en el mantenimiento de la paz mundial y el fomento del desarrollo común. Dicho esto, las Naciones Unidas deben mantenerse a tono con los tiempos efectuando reformas y mejoras continuas. Cuanto más volátil es el panorama mundial, más se necesita la solidaridad internacional para apoyar la función central de las Naciones Unidas en los asuntos internacionales. Algunos países tratan a las Naciones Unidas como algo que pueden utilizar cuando les conviene y desechan cuando no les sirve. Se retiran voluntariamente de acuerdos y organizaciones, dejan de pagar sus contribuciones y recortan fondos en un intento de anteponer sus intereses egoístas al bien colectivo mundial. Esas prácticas son muy impopulares y están condenadas a fracasar tarde o temprano.

La historia puede dar muchas vueltas, pero siempre va hacia adelante. Guiar el camino, defender la paz y mantener el rumbo correcto es el mejor homenaje que podemos rendir a quienes han caído por nuestra causa. China está dispuesta a trabajar con todos los Estados Miembros para practicar un multilateralismo genuino, reforzar los cimientos de la paz y el desarrollo mundiales, y construir entre todos una comunidad con un futuro compartido para la humanidad.

Sr. Umarov (Kazajstán) (*habla en inglés*): Hoy honramos la memoria de los millones de personas que perecieron en la Segunda Guerra Mundial, un cataclismo que reconfiguró la conciencia de la humanidad. De las cenizas de la guerra surgieron las Naciones Unidas, a las que se confirió la misión de asegurar la paz, prevenir los conflictos mundiales y proteger a las generaciones venideras. En este 80° aniversario del final de la guerra y de la creación de la Organización, debemos reflexionar sobre las lecciones perdurables que podemos extraer de aquella tragedia: las consecuencias de la agresión incontrolada, el extremismo ideológico y la desunión entre naciones. Son lecciones que nos invitan a optar por el diálogo frente al conflicto, la cooperación frente al aislamiento y el desarrollo frente a la destrucción. La paz exige la determinación inquebrantable de solucionar las controversias por medios pacíficos y mediante la diplomacia.

Para Kazajstán, la conmemoración de este día tiene un profundo significado. Junto con integrantes de otras nacionalidades, más de 1,2 millones de kazajos y kazajas lucharon en la guerra, y la mitad de ellos ya no regresó. Nuestra nación soportó enormes sacrificios, y ninguna familia quedó indemne. Nuestro frente interno vivió penurias inimaginables. Nuestras fábricas nutrieron el esfuerzo de los aliados, y nuestro pueblo, que carecía de alimentos suficientes para sí mismo, acogió a más de 1 millón de refugiados, con los que compartió hasta la última migaja. De cada 10 balas, nueve se fabricaron en nuestra tierra. Kazajstán se convirtió en un símbolo de resiliencia, unidad y solidaridad. Hoy, Kazajstán no se erige únicamente como una tierra de sacrificios, sino como un paladín de la paz. Hemos renunciado al cuarto arsenal nuclear del mundo y hemos creado una zona libre de armas nucleares en Asia Central, y promovemos el multilateralismo en el marco de iniciativas como la del Congreso de Dirigentes de Religiones Mundiales y Tradicionales.

Ocho decenios después, las víctimas a las que rendimos hoy homenaje nos invitan a fortalecer las Naciones Unidas, rechazar el uso de la fuerza en los asuntos internacionales y defender la dignidad, la justicia y la cooperación. La paz no es la mera ausencia de guerra: es estabilidad política, desarrollo económico y cooperación multidimensional. Como decimos los kazajos, el árbol de raíces fuertes resiste la tormenta. Así pues, permitamos que las lecciones de la historia sean nuestras raíces y que nuestro compromiso con la paz sea el legado que defenderemos.

Sr. Hovhannisyan (Armenia) (*habla en inglés*): Hoy, cuando se conmemora el 80° aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, el capítulo más sombrío de la historia de la humanidad, nos hemos reunido para expresar nuestra gratitud y rendir solemne homenaje a los héroes y heroínas que, con su valor, sacrificio y sentido del deber, marcaron el curso de la historia. Conmemoramos también el 80° aniversario de las Naciones Unidas y de su Carta, que sentaron las bases del orden mundial, anclado en el derecho internacional. Tenemos el deber moral de recordar y rendir tributo a todos aquellos que sufrieron con dignidad y determinación pérdidas indecibles. Nos han dejado como legado perdurable las libertades que ahora disfrutamos y apreciamos. El pueblo armenio pagó un precio muy alto por la victoria. Cerca de 600.000 armenios participaron en la guerra, y más de la mitad de ellos ya no regresaron. Podemos citar entre ellos a cuatro mariscales, un almirante de la flota y 60 generales. Miles de nuestros compatriotas de la diáspora prestaron valientemente servicio en las fuerzas aliadas en todo el mundo. El legendario miembro de la Resistencia francesa Missak Manouchian, cuyos restos descansan en el Panteón de Francia, es un poderoso símbolo de ese sacrificio. Rendimos homenaje también

a aquellos Justos entre las Naciones, algunos de ellos armenios, que arriesgaron la vida para salvar a los judíos durante el Holocausto y mantuvieron viva la llama de la humanidad en su hora más oscura.

Ocho decenios después, la comunidad internacional sigue afrontando, con un alcance y una gravedad crecientes, conflictos, muestras de absoluto menosprecio por el derecho internacional, medidas desestabilizadoras de ampliación de la presencia militar y violaciones graves de los derechos humanos, además de actos de racismo, xenofobia y odio por motivos étnicos y religiosos. Condenamos enérgicamente cualquier manifestación de odio contra los armenios en la región, en particular la destrucción y profanación deliberadas de monumentos, memoriales y museos que conmemoran la contribución de los armenios a la victoria en la Segunda Guerra Mundial. Todos estos desafíos indican que nos encontramos en un momento decisivo de la historia, en el que la comunidad internacional ha de renovar su determinación de preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra. La comunidad internacional debería responder con decisión al uso de la fuerza en la solución de controversias. Será la adhesión a los principios de la solución pacífica de controversias y la defensa de los derechos humanos de todos lo que permitirá a los Estados Miembros hacer frente colectivamente a las nuevas amenazas para la paz y la seguridad.

Quisiera reiterar la firme determinación de Armenia de contribuir a los esfuerzos encaminados a fortalecer el sistema multilateral, sobre la base del derecho internacional y de los valores compartidos de la libertad, la justicia y los derechos humanos.

Sr. Danon (Israel) (*habla en inglés*): Es todo un símbolo que nos hayamos reunido hoy, en este foro de las naciones, para recordar y rendir homenaje a las víctimas de la Segunda Guerra Mundial. No se trata de una mera conmemoración del pasado sino de una advertencia para el presente, que también ha de ser un llamado a la acción de cara al futuro. Con demasiada frecuencia, la historia del Holocausto se relata a partir del momento en que se abrieron las puertas de Auschwitz, pero no es ahí donde comenzó. El Holocausto no comenzó en las cámaras de gas. No comenzó con los guetos o con los trenes de las deportaciones. No: comenzó con palabras, con mentiras, con la lenta y progresiva normalización del odio a los judíos. No fueron las cámaras de gas las que sentaron las bases del Holocausto, sino la ideología y los siglos de antisemitismo que el régimen nazi tradujo en una campaña de exterminio. Mucho antes de que hubiera campos de concentración, ya había insultos. Antes de la Noche de los Cristales Rotos, ya había difamación. Antes de la matanza de 6 millones de personas, ya había deshumanización. El terreno estaba abonado, y el odio era antiguo. El mundo ya había visto algo similar anteriormente pero apartó la mirada, y eso es lo que no debe volver a suceder.

El pueblo judío no lo ha olvidado. El recuerdo del Holocausto está impreso en nuestros huesos, en nuestra sangre, en nuestras familias. Como Embajador de Israel, estoy aquí no solo para honrar la memoria de esos 6 millones, sino para cumplir la misión que ellos nos legaron: velar por que lo sucedido entonces no vuelva a repetirse jamás. Debo decir, sin embargo, que el odio está cobrando fuerza de nuevo. Hoy, en 2025, vemos una explosión de antisemitismo que es imposible pasar por alto y que es aún más difícil tolerar. Hay ataques contra sinagogas. Los estudiantes judíos son perseguidos en todas las universidades. Los medios sociales están inundados de calumnias sangrientas. Se pintan esvásticas en los parques infantiles. Se dice a los judíos que su identidad es motivo de vergüenza. Tras el 7 de octubre de 2023, los judíos han vuelto a ser masacrados en sus propios hogares: bebés, madres, familias enteras. Y no hemos visto una condena universal, sino justificaciones. No vimos solidaridad mundial, sino silencio, o peor aún, incluso celebración. ¿Qué debemos pensar de un mundo que afirma recordar el Holocausto, pero se niega a reconocer el antisemitismo en la actualidad? ¿No hemos aprendido nada? Cuando los terroristas filmaron sus masacres, exhibiendo por las calles a niños secuestrados muertos, y luego denominaron esos hechos “resistencia” y el mundo los justificó, ¿qué lección

de la Segunda Guerra Mundial se aprendió verdaderamente? Cuando se cuestiona el dolor judío, cuando se descarta el trauma judío, cuando la vida judía se trata como algo negociable, ¿qué consigue en realidad el recuerdo? Cuando el mundo permite que el odio a los judíos se encone, los judíos son asesinados. Eso es un hecho. Eso es historia. Por eso, no podemos separar el recuerdo de la responsabilidad. Por eso, insto a todos los Estados Miembros a que adopten la definición de antisemitismo de la Alianza Internacional para la Memoria del Holocausto. Como nación nacida de las cenizas del Holocausto, una nación con la que nuestros abuelos asesinados solo podían soñar, no nos tomamos esta tarea a la ligera. Seguiremos educando. Seguiremos diciendo la verdad. Denunciaremos el antisemitismo, aunque venga disfrazado con el lenguaje de los derechos humanos, porque el antisemitismo ha evolucionado. Ya no lleva siempre una esvástica; a veces lleva traje. A veces, ondea una bandera y, con demasiada frecuencia, se le concede una tribuna, incluso en esta misma institución, incluso en este mismo salón.

En ningún lugar es más evidente que en la República Islámica del Irán, el principal Estado patrocinador de la negación del Holocausto. Sus dirigentes no solo han cuestionado el Holocausto, sino que se han burlado abiertamente de las víctimas. Mientras niegan el asesinato de 6 millones de judíos, sueñan con volver a hacerlo. El Líder Supremo del Irán ha pedido, con reiteración y orgullo, la destrucción del Estado de Israel, hogar de más de 7 millones de judíos. El Irán no es el único que ha encomendado la implementación de esta agenda genocida a sus representantes terroristas. Son instrumentos de la misión enfermiza del Irán, una misión heredada de los nazis para borrar de la Tierra al pueblo judío y a un Estado Miembro de las Naciones Unidas. Observen a los huzíes en el Yemen. Desde cientos de kilómetros de distancia, disparan misiles balísticos contra centros de población israelíes, simplemente, por odio a los judíos. No tenemos frontera con ellos. No tenemos ningún conflicto con ellos. Es puro odio.

No obstante, a diferencia del Holocausto, el pueblo judío ya no está indefenso. Hoy podemos levantarnos y contraatacar. Haremos todo lo que consideremos necesario para evitar un segundo Holocausto, cueste lo que cueste. Por eso, esta conmemoración es importante, porque necesitamos más valentía para enfrentarnos al mal que persiste y espera hacer que retrocedamos. Hoy, al recordar a las víctimas de la Segunda Guerra Mundial, recordémoslas a todas: a los soldados que lucharon contra el mal, a los civiles atrapados en el fuego cruzado, a las naciones que pagaron el precio y al pueblo judío, que soportó lo peor de la incapacidad de la humanidad para alzar la voz a tiempo. Si las Naciones Unidas quieren honrar el legado de la Segunda Guerra Mundial, no pueden hacerlo de forma selectiva. Deben hacer frente al antisemitismo allí donde surja. Deben denunciarlo en cada foro, en cada resolución y en cada reunión. Deben estar con el pueblo judío, no solo cuando es fácil, sino también cuando es difícil. Muchos aquí y muchos en todo el mundo proclaman “nunca más”. Ha llegado el momento de plasmar por fin esa proclamación en hechos. Que sea nuestra política. Que sea la promesa de que, esta vez, el mundo no callará.

Sr. Yamazaki (Japón) (*habla en inglés*): Permítaseme, en primer lugar, dar las gracias al Presidente por haber convocado esta sesión extraordinaria y solemne de la Asamblea General, al conmemorarse este año el 80º aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial.

Quisiera rendir mi más sentido homenaje a todas las víctimas de la Guerra, que hicieron un gran sacrificio por la humanidad.

En esta ocasión sombría, recuerdo que las Naciones Unidas se crearon hace 80 años para “preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la Humanidad sufrimientos indecibles”, como se afirma en el Preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas. También estipula que este órgano se construye para reafirmar la fe en los derechos humanos

fundamentales y en la dignidad humana, para establecer condiciones que permitan mantener la justicia y el respeto de las obligaciones derivadas de los tratados y de otras fuentes del derecho internacional y para promover el progreso social y elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad. En virtud de esa filosofía fundacional, las Naciones Unidas y sus Estados Miembros han desplegado esfuerzos incesantes, lo que ha permitido a la institución desempeñar un papel indispensable para mantener la paz y la seguridad internacionales y promover el respeto del derecho internacional.

Sin embargo, al dirigir la vista al mundo actual, siguen existiendo divisiones y enfrentamientos. Mientras estallan más crisis en diversas partes del mundo, los conflictos, el hambre y las crisis humanitarias amenazan profundamente la dignidad humana de todas las personas. Ante estos desafíos importantes, los Estados Miembros se reunieron en la Cumbre del Futuro en septiembre del año pasado. Elogio la aprobación del Pacto para el Futuro (resolución 79/1 de la Asamblea General), destinado a proteger las necesidades y los intereses de las generaciones presentes y futuras. El Pacto abarca un amplio abanico de cuestiones, como la dignidad humana y el estado de derecho, entre otras, y promete un nuevo comienzo del multilateralismo, en el que las Naciones Unidas desempeñen un papel central.

Para que las Naciones Unidas respondan de manera eficaz a los desafíos de nuestro tiempo, es preciso reformarlas, incluido el Consejo de Seguridad. En ese empeño, nunca se insistirá lo suficiente en la importancia de la unidad de la comunidad internacional, sobre todo cuando este año celebramos el 80º aniversario de la fundación de las Naciones Unidas.

Al reflexionar sobre los últimos ocho decenios, el Japón ha transitado por la senda de una nación amante de la paz. El Gobierno actual ha mantenido íntegramente las posiciones de los Gabinetes anteriores respecto de la historia, incluidas las declaraciones de sus Primeros Ministros, y seguirá haciéndolo. Hoy en día, la libertad, la democracia y los derechos humanos fundamentales son los cimientos inquebrantables de todas las decisiones y acciones que emprende el Japón. Paralelamente, el Japón se ha esforzado seriamente por promover el estado de derecho en la sociedad internacional, al tiempo que ha subrayado la importancia del cumplimiento pleno del derecho internacional, incluida la Carta de las Naciones Unidas. Estamos orgullosos de nuestro empeño, en el contexto de los esfuerzos colectivos mundiales en pro de la paz y la prosperidad internacionales, y no escatimaremos esfuerzos en ese sentido. Con miras al futuro, el Japón seguirá trabajando codo con codo con la comunidad internacional y las Naciones Unidas para hacer frente a los crecientes desafíos actuales.

Para hacer realidad un mundo sin armas nucleares, el Japón no ha cejado en su empeño por lograr el desarme nuclear. Han transcurrido 80 años desde los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki. El Ministro de Relaciones Exteriores, Iwaya Takeshi, asistió y contribuyó activamente al tercer período de sesiones del Comité Preparatorio de la Conferencia de las Partes de 2026 encargada del Examen del Tratado sobre la No Proliferación de las Armas Nucleares, que se está celebrando en Nueva York. Al ocuparse también de cuestiones globales como el cambio climático, la salud mundial, el desarrollo y la reducción del riesgo de desastres, el Japón acelerará sus esfuerzos encaminados a la consecución de los Objetivos de Desarrollo Sostenible para 2030 sobre la base del concepto de seguridad humana. Seguiremos promoviendo los derechos humanos y la igualdad de género, incluida la agenda sobre las mujeres y la paz y la seguridad, así como la asistencia humanitaria y la consolidación de la paz.

Para concluir, no puedo dejar de insistir en la importancia del papel fundamental que desempeñan las Naciones Unidas a la hora de abordar los retos a los que se enfrentan los pueblos de todo el mundo. Hoy el Japón reitera su compromiso

inquebrantable de hacer todo lo que esté en su mano por contribuir a ese fin como Estado Miembro responsable de esta institución sin parangón.

Sr. Paulauskas (Lituania) (*habla en inglés*): Lituania se adhiere a la declaración formulada en nombre de la Unión Europea. Asimismo, formularé una declaración en representación de mi país.

Hoy rendimos homenaje a quienes perdieron la vida y sufrieron durante los horrores de la Segunda Guerra Mundial. Recordamos a las decenas de millones de personas que perecieron, en su mayoría civiles inocentes, así como a los numerosos heridos, desplazados y desaparecidos. Honramos y lloramos a todos aquellos que fueron asesinados y torturados sin piedad en el Holocausto, como consecuencia de la persecución de grupos de población y de personas que eran objeto de ataques. Esa pérdida devastadora nunca se recuperará.

La Segunda Guerra Mundial causó traumas indecibles que se han dejado y se dejarán sentir durante generaciones. Esa tragedia del siglo XX no debe olvidarse nunca. Además, no debe repetirse nunca.

Lituania, como tantas naciones europeas durante la Segunda Guerra Mundial, sufrió la calamidad de las ocupaciones extranjeras. Sufrimos la embestida nazi y soviética, que provocó derramamiento de sangre, muertes y el dolor en nuestras comunidades. A lo largo de los tiempos más difíciles de la ocupación, la nación nunca perdió la esperanza ni dejó de esforzarse por restablecer el Estado. Luchamos por nuestro sueño.

El 16 de febrero de 1949, los siete comandantes de todas las formaciones militares de la resistencia antisoviética de Lituania firmaron una declaración en la que expresaban la voluntad de la nación de restablecer una Lituania democrática e independiente. Apoyaron la Declaración Universal de Derechos Humanos y abogaron por su aplicación en Lituania. Conformaron el deseo de Lituania de incorporarse a las Naciones Unidas y al proceso de integración europea en curso. Y sus voces nunca se oyeron en este salón. El Telón de Acero dividió el continente. Superados en número y armamento, las personas morían emboscadas en los campos de batalla o, en caso de que fueran traicionadas y capturadas vivas, eran torturadas y ejecutadas por el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos o el Comité de Seguridad Estatal en las cárceles de Moscú o Vilna. De los siete firmantes, solo uno tenía rango militar. Otros eran profesores, estudiantes y contables. Los lituanos les debemos nuestra resiliencia para soportar regímenes totalitarios.

La Segunda Guerra Mundial terminó para nosotros en la década de 1990, cuando se restableció la independencia frente al dominio soviético ocupante y cuando el último soldado soviético abandonó nuestro territorio.

Tras ser admitida en las Naciones Unidas en 1991, Lituania se unió a las alianzas democráticas transatlánticas y europeas. Seguimos trabajando con todas las naciones amantes de la paz para construir un mejor mundo pacífico basado en el derecho internacional, los derechos humanos y la igualdad soberana de los Estados.

Lamentablemente, hoy también debemos reconocer que nuestras aspiraciones de futuro se enfrentan en estos momentos a retos brutales. La continua agresión militar no provocada de Rusia contra Ucrania ataca y destruye ciudades ucranianas y asesina a civiles. Se hace en pos del legado neocolonial de la Unión Soviética, en brutal violación de la Carta de las Naciones Unidas y del derecho internacional. Al igual que el comunismo arrasó con naciones enteras bajo el pretexto de la libertad, Rusia afirma ahora falsamente estar luchando contra el neonazismo mientras libra una guerra cruel de conquista contra Ucrania. Instrumentaliza la memoria de la Segunda Guerra Mundial para justificar sus crímenes pasados y actuales, evitando la rendición de cuentas. Al glorificar su papel en la guerra, la Unión Soviética tiende a ocultar convenientemente el hecho de que fue el Pacto Molotov-Ribbentrop —sus

protocolos secretos firmados entre los Ministros de Relaciones Exteriores soviético y nazi en nombre de Stalin y Hitler— el que dividió ilegalmente Europa, incluidos los Estados bálticos entre sí. Ese fue el último paso hacia la Segunda Guerra Mundial. Ahora, al igual que en 1939, volvemos a escuchar la descarada exigencia rusa de que la mitad de Europa vuelva a su esfera de influencia.

No debemos permitir que la memoria selectiva distorsione el pasado y justifique el comportamiento agresivo actual. Lamentamos que el régimen de Putin haya sofocado a la propia comunidad rusa de voces dignas de crédito, historiadores de Memorial y otras organizaciones de la sociedad civil. Esas personas han trabajado diligentemente en archivos y con miembros de la sociedad para establecer los hechos y presentar los nombres y el destino de las víctimas de la represión del siglo pasado. En 2009, el Parlamento Europeo hizo un llamamiento en defensa de Memorial y de esa labor.

La supresión de voces fiables y honestas solo retrasa la liberación de la sociedad rusa de los relatos adaptados del manual totalitario. Hasta que eso ocurra, es responsabilidad de todos los miembros de la comunidad internacional amantes de la paz defender los derechos humanos, el derecho internacional, la Carta de las Naciones Unidas y los principios de igualdad y soberanía e integridad de los Estados, así como rechazar la guerra y la agresión y luchar por lograr la coexistencia pacífica de todos. Ese es nuestro deber, cuando recordamos a todas las víctimas de la Segunda Guerra Mundial.

Sr. Ilić (Serbia) (*habla en ruso*): Hoy no hablamos como vencedores, sino como guardianes de la memoria.

Han pasado ochenta años desde el final de la guerra más devastadora de la historia de la humanidad, un conflicto que se saldó con decenas de millones de vidas, destruyó ciudades, destrozó generaciones y desgarró historias familiares.

La Segunda Guerra Mundial no fue simplemente un conflicto militar; representó un colapso moral de la civilización y el momento en que la humanidad estuvo al borde de la autodestrucción.

La magnitud de la tragedia ha sido un duro golpe para la conciencia humana, y los pueblos del mundo se han decidido a no permitir que se repita jamás semejante flagelo. El resultado de esa decisión fue la creación de las Naciones Unidas, un sistema basado en el acuerdo, la paz, la solidaridad y la seguridad colectiva.

Además de la victoria militar sobre el fascismo, la creación de esta Organización supuso un avance fundamental para la civilización. Por ello, la República de Serbia, un país que sufrió tremendas pérdidas humanas en la lucha contra el nazismo y el fascismo, siente que tiene un deber moral profundo de participar en esta solemne sesión.

Nuestra historia no solo nos recuerda lo que ocurrió, sino que también constituye una advertencia en lo que respecta al tipo de personas que queremos ser.

La historia demuestra que la paz no puede preservarse de manera pasiva. La paz se construye sobre la responsabilidad. Y hoy, 80 años después, conmemoramos ese momento no solo como un recuerdo, sino también como una renovación de nuestra obligación de oponernos a todas las formas de fascismo, ya sea armado o ideológico, manifiesto o encubierto. El fascismo a veces lleva uniforme y a veces se percibe en la retórica. Durante aquella guerra, el pueblo de lo que entonces era Yugoslavia, especialmente el pueblo serbio, sufrió muchísimo. En los campos de exterminio del Estado independiente de Croacia se intentó exterminar sistemáticamente a serbios, judíos y romaníes. Solo en Jasenovac, cientos de miles de inocentes fueron asesinados de la forma más brutal.

Serbia no ha olvidado a esas víctimas, pues el olvido constituiría una segunda muerte. Sin embargo, en ese sufrimiento nació también la dignidad heroica. Hombro con hombro con los Aliados, los representantes de nuestro pueblo lucharon y derrotaron

a los invasores, e inscribieron con letras de oro sus propios nombres en los anales de la libertad. Nos sentimos especialmente agradecidos al Ejército Rojo que, junto con los partisanos yugoslavos, liberaron Belgrado, y dejaron así una huella indeleble en la historia de nuestra capital y en las relaciones fraternales entre los pueblos.

Hoy, como Estado Miembro de las Naciones Unidas, Serbia participa activamente en la preservación de la paz, la defensa del multilateralismo y el respeto de los valores fundamentales de libertad, igualdad y cooperación. Por eso nos sentimos orgullosos de ser los principales patrocinadores de la resolución de la Asamblea General que conmemora el 80° aniversario del final de la guerra (resolución 79/292). Queremos asegurarnos de que esa conmemoración no se quede en un mero registro en los archivos, sino que impulse a las personas a adoptar medidas concretas para que no se olviden los lugares de sufrimiento, no se reste importancia a los crímenes, no se ponga a los héroes en pie de igualdad con los verdugos y la verdad siga siendo un criterio y no una cuestión de interpretación política.

Nos hemos reunido hoy aquí no para hablar del pasado, sino para preservar el futuro. La guerra no empieza con un disparo, sino con el olvido. Y la paz no empieza con una firma, sino con la responsabilidad. Si perdemos la capacidad de recordar, perderemos la capacidad de identificarnos con los demás. Y, sin esa capacidad, el mundo deja de ser una comunidad de pueblos para convertirse en un mercado de intereses.

En nombre de la República de Serbia y de sus ciudadanos, en nombre de todas las víctimas inocentes y en nombre de la paz que debemos a nuestros hijos, doy las gracias a la Asamblea por haberse reunido hoy para recordar.

Sra. Chan Valverde (Costa Rica): El 7 de mayo de 1945, mientras el amanecer despuntaba sobre una Europa exhausta, se firmaba en Reims la rendición que marcaría el inicio del fin de la más devastadora conflagración que ha conocido la humanidad. Aquel día no solo terminaba una guerra; se cerraba un capítulo sombrío de la civilización y se abría, entre ruinas humeantes y almas rotas, una ventana de esperanza para reinventar el mundo. Si bien esa ventana se abrió en Europa aquel mayo de 1945, debemos recordar que la guerra continuaría desangrando el Pacífico durante tres meses más, hasta culminar en aquel agosto incinerado en el que la humanidad cruzó el umbral irreversible hacia la era atómica.

Hoy nos reunimos bajo el peso de la memoria para honrar a los 75 millones de vidas segadas durante aquellos seis años: un escalofriante mosaico de sueños interrumpidos que representó el 3 % de la población mundial de entonces. Cada cifra, cada estadística ocultan un universo de historias personales: los niños que nunca llegaron a ser adultos, las promesas de juventud que el conflicto deshiloó, las familias que el dolor dispersó como hojas al viento, los ancianos que vieron arder los archivos de su memoria. Y esta contabilidad macabra ni siquiera alcanza a dimensionar el trauma transgeneracional que sigue reverberando en el ADN de familias y pueblos enteros.

En este momento crucial, cuando, una vez más, las sombras de la guerra proyectan su oscuridad sobre tres continentes, permítaseme articular tres reflexiones para comprender nuestro presente a la luz de aquel pasado.

La primera: debemos reconocer que la paz verdadera no se construye solo con el silencio de las armas, sino con la presencia constante de instituciones justas y cooperación solidaria. Las Naciones Unidas nacieron entonces no solo como un pacto entre los Estados, sino como una promesa solemne a los muertos de que su sacrificio no sería en vano. Esta promesa, renovada cada día en este recinto, ha salvado incontables vidas del hambre, la guerra y la desesperanza. Sin embargo, la arquitectura de seguridad colectiva que hemos construido se asemeja hoy a una catedral con cimientos amenazados y pilares que tiemblan ante nuevas tempestades. En 2024, el gasto militar alcanzó su nivel más alto en la historia, superando los 2,7 billones de dólares, según datos del Instituto Internacional de Estocolmo de Investigación para

la Paz. Bastaría redirigir una fracción del gasto militar global para cambiar el destino de la humanidad: detener el colapso climático, erradicar la pobreza extrema y asegurar educación básica para cada niña y niño en el planeta. No es una utopía; es una cuestión de voluntad política.

Segundo, Costa Rica reitera su compromiso inquebrantable con el desarme nuclear. Cuando recordamos Hiroshima y Nagasaki no conmemoramos solo el fin de una guerra, sino el inicio de una era en que la humanidad adquirió el poder de extinguirse a sí misma. Hace casi ocho décadas, la primera resolución (resolución 1 (I)) que aprobó esta Asamblea General estableció una Comisión que se encargase de estudiar los problemas surgidos con motivo del descubrimiento de la energía atómica y formuló propuestas para eliminar las armas atómicas de los armamentos nacionales. Esta aspiración fundacional de las Naciones Unidas sigue siendo una tarea histórica pendiente. En este contexto, Costa Rica insta a los Estados poseedores de armas nucleares a cumplir con el artículo VI del Tratado sobre la No Proliferación de las Armas Nucleares (TNP). Este llamado no puede considerarse aislado de los avances recientes en esta materia. Los instamos, también, a reconocer que el Tratado sobre la Prohibición de las Armas Nucleares fortalece y complementa al TNP, y que representa un paso decisivo hacia el cumplimiento de aquella primera resolución y un elemento esencial del régimen de no proliferación. La disuasión nuclear, lejos de garantizar seguridad, ha creado un equilibrio del terror cuya permanencia a largo plazo es éticamente insostenible.

Tercero, debemos honrar el legado jurídico y moral que surgió de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial. El fin de la Segunda Guerra Mundial provocó una transformación fundamental en las relaciones internacionales con la creación del sistema de las Naciones Unidas y el establecimiento del estado de derecho internacional. Este logro histórico se cristalizó en instrumentos cruciales como la Carta de las Naciones Unidas y la creación de la Corte Internacional de Justicia, la Declaración Universal de Derechos Humanos, la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio, los Convenios de Ginebra y, posteriormente, el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos y el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, entre otros. Más que una simple codificación de principios, estos instrumentos dieron forma a un nuevo paradigma jurídico multilateral, cimentado en valores universales compartidos. Este edificio normativo representó un consenso mundial sin precedentes: que la paz duradera solo puede construirse sobre los cimientos de la justicia social, el desarrollo equitativo y el respeto irrestricto a la dignidad humana. La historia ha demostrado que, cuando se debilita este orden normativo o donde prevalecen la discriminación sistémica, la desigualdad extrema y la exclusión, se siembran inevitablemente las semillas de nuevos conflictos.

La paz no es el punto final de un conflicto, ni el botín del más fuerte. La paz se practica, se cultiva y se defiende.

Que este 80º aniversario no solo sea un ejercicio de memoria, sino un pacto renovado entre todos los Estados aquí presentes: para reimaginar la seguridad como cooperación solidaria, para trabajar sin descanso por un mundo libre de armas nucleares, por un orden internacional donde el derecho prevalezca sobre la fuerza y entendamos la paz como una construcción compartida. Que la memoria de quienes perecieron en la Segunda Guerra Mundial no quede atrapada en monumentos de piedra, sino que nos movilice a la acción concreta y transformadora que nuestro tiempo exige y la humanidad merece.

Sr. Babo Soares (Timor-Leste) (*habla en inglés*): Señora Presidenta, le doy las gracias por haber convocado esta sesión.

El recuerdo de la Segunda Guerra Mundial sigue siendo una cicatriz penosa e indeleble en la historia de la humanidad. La magnitud del sufrimiento, los millones de vidas perdidas, la devastación generalizada y la profunda conmoción social son

potentes recordatorios de las consecuencias catastróficas que tienen la agresión sin control y el extremismo ideológico.

Recordar a las víctimas de este conflicto mundial no es un mero acto de reconocimiento histórico, sino un ejercicio crucial para extraer lecciones vitales y formular recomendaciones para el futuro, a fin de lograr una paz y un desarrollo duraderos para toda la humanidad.

Una de las enseñanzas más significativas que nos dejó la Segunda Guerra Mundial es la fragilidad extrema de la civilización humana y la necesidad absoluta de mantener la paz y la estabilidad. El conflicto destruyó las economías, diezmó las infraestructuras y desplazó comunidades a una escala sin precedentes, lo que supuso un retroceso de décadas en las iniciativas de desarrollo en muchas regiones, incluido mi país. El ingente costo humano —que se mide en vidas perdidas, familias destrozadas y traumas psicológicos duraderos— subraya el hecho indiscutible de que el desarrollo sostenido y el crecimiento económico son imposibles en medio de la violencia y la inseguridad generalizadas. El recuerdo de las víctimas nos obliga a priorizar las soluciones diplomáticas, reforzar las instituciones internacionales y trabajar con iniciativa para prevenir futuros conflictos mediante el diálogo, la cooperación y la reconciliación, así como atacando las causas que subyacen a los conflictos, como la pobreza, la desigualdad y la injusticia.

Asimismo, la Segunda Guerra Mundial puso de relieve la importancia crítica de la cooperación internacional y el multilateralismo. La derrota final de las Potencias del Eje demostró lo que pueden lograr las naciones al unirse contra una amenaza común. La posterior creación de las Naciones Unidas y otras organizaciones internacionales reflejó el entendimiento colectivo de que los desafíos globales requieren soluciones globales.

Las enseñanzas extraídas de esta época subrayan la necesidad de fomentar alianzas internacionales sólidas, promover el comercio libre y justo y trabajar de consuno para resolver problemas comunes como las pandemias, el cambio climático y la inestabilidad económica. Al vivir en un mundo interconectado, para alcanzar un desarrollo sostenible y un crecimiento económico inclusivo es necesario abrazar el multilateralismo y rechazar los planteamientos aislacionistas o unilaterales.

El período que siguió a la Segunda Guerra Mundial también demostró la importancia de invertir en el capital humano y de reconstruir las sociedades. El Plan Marshall, entre otras iniciativas similares, aunque no exentas de complejidades, ilustraron las posibilidades de recuperación económica y de crecimiento a través de la inversión estratégica en infraestructuras, educación y bienestar social.

Además, la Segunda Guerra Mundial es un crudo recordatorio de los peligros del nacionalismo desenfrenado, la xenofobia y la deshumanización de los demás. Las ideologías que alimentaron el conflicto condujeron a atrocidades inimaginables y a la persecución sistemática de grupos enteros de la población.

Recordar a las víctimas implica apoyar de continuo la promoción de la tolerancia, la comprensión y el respeto de la diversidad. La educación es crucial para el fomento de la empatía y el pensamiento crítico, pues ayuda a dismantelar los prejuicios y a construir sociedades inclusivas en las que todas las personas puedan contribuir al crecimiento económico y al desarrollo, y beneficiarse de ellos.

El recuerdo de la Segunda Guerra Mundial y de sus incontables víctimas —desde las del Holocausto hasta las de esta época— permite extraer lecciones valiosas y perdurables para avanzar en el desarrollo humano y el crecimiento económico. Subraya la importancia de la paz y la estabilidad, la necesidad de cooperar a nivel internacional, los beneficios de invertir en el capital humano y la necesidad crítica de combatir la intolerancia y promover la inclusividad.

Si recordamos el pasado como es debido, podemos concebir recomendaciones futuras vitales que den prioridad a la solución pacífica de los conflictos, fortalezcan las instituciones multilaterales, defiendan el desarrollo humano y fomenten sociedades inclusivas. Solo si aprendemos de las consecuencias devastadoras de ese conflicto mundial podemos aspirar a construir un futuro en el que el desarrollo y el crecimiento económico sean sostenibles y equitativos, y contribuyan al bienestar duradero de toda la humanidad.

Sr. Yoseph (Etiopía) (*habla en inglés*): Hace casi 90 años, Etiopía se presentó ante el mundo y pidió ayuda a la entonces Liga de las Naciones tras la destrucción que había azotado nuestro país. En aquel momento, Etiopía señaló el peligro claro y eminente de la guerra, y declaró que lo que estaba en juego no era el Pacto de la Liga, sino la mismísima moral del mundo.

Etiopía advirtió entonces de que poca utilidad tenían las acciones de la Liga si no existía la voluntad de mantenerlas. La historia demostró que nuestra advertencia era cierta. La Segunda Guerra Mundial nos recuerda con crudeza las consecuencias horribles de lo que una destrucción semejante puede causar a la humanidad y a la civilización humana. Esa guerra se cobró la vida de muchos millones de personas y llevó al mundo al borde de la aniquilación. Muchos millones de personas perecieron defendiendo la humanidad y la libertad. Como todos sabemos, fue esa devastación la que dio pie a la creación de las Naciones Unidas y motivó a los Estados Miembros a decir “nunca más” y comprometerse a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra.

Pese a los diversos desafíos que han enfrentado a lo largo de los años, desde su creación, las Naciones Unidas han seguido siendo fundamentales para mantener esa promesa y han hecho avances en lo que respecta al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. En esta organización mundial, se consagra el principio de la seguridad colectiva, y la Carta de las Naciones Unidas plasma las aspiraciones más nobles de la humanidad.

El mundo ha cambiado enormemente desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Los múltiples desafíos que afrontamos hoy son muy diferentes de los que tuvieron que afrontar los fundadores de las Naciones Unidas después de la guerra. No obstante, tenemos la responsabilidad colectiva de proseguir con los esfuerzos encaminados a mantener la paz y lograr el desarrollo sostenible.

No podemos perder tiempo ni desperdiciar esfuerzos. Tenemos que seguir fortaleciendo la cooperación mundial y forjar alianzas más sólidas. Para hacer realidad este objetivo crucial, debemos seguir tratando de revitalizar el multilateralismo, a fin de que las Naciones Unidas puedan cumplir su propósito. Además, tenemos que permanecer vigilantes y terminar lo que hemos empezado, con miras a lograr una paz sostenible.

En efecto, el marco de nuestro multilateralismo no ha logrado garantizar una representación equitativa de los Estados, sobre todo en la composición del Consejo de Seguridad, donde África sigue sin tener representación permanente. Es también crucial que redoblemos esfuerzos en las actividades de mantenimiento de la paz. El mundo no puede permitirse ningún retroceso en los logros duramente alcanzados gracias al despliegue de las diversas misiones de mantenimiento de la paz. Por consiguiente, sigue siendo esencial prestar el necesario apoyo político y financiero a las operaciones de paz, para que puedan ejercer eficazmente su mandato.

En conclusión, al conmemorar el 80º aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, mi delegación desea reiterar la adhesión de Etiopía a los propósitos y principios de las Naciones Unidas y nuestro compromiso de seguir trabajando para hacer realidad los nobles objetivos de la Organización.

Sr. Hoang Giang Dang (Viet Nam) (*habla en inglés*): Hace 80 años, llegó a sus últimos días la guerra más mortífera de la historia de la humanidad, tras haber infligido un sufrimiento inimaginable a cientos de millones de personas en todo el planeta.

Hoy, mi delegación se suma a esta solemne conmemoración del final de la Segunda Guerra Mundial. Recordamos los inmensos sacrificios realizados por tantas personas y rendimos homenaje a todas las víctimas de la guerra. Estaremos eternamente en deuda con todos quienes lucharon y cayeron en Europa, Asia y África, con las fuerzas aliadas y, no menos importante, con los pueblos de la antigua Unión Soviética. Su valentía y su sacrificio no solo ayudaron a salvar a la humanidad de la tiranía, la violencia y el genocidio fascistas, sino que allanaron el camino para que muchos pueblos de todo el mundo se liberasen de las cadenas del colonialismo y el imperialismo.

El final de la Segunda Guerra Mundial tiene un significado profundo y duradero para los pueblos de todo el mundo, para las Naciones Unidas y para mi propio país, Viet Nam. En medio de la agitación mundial de 1945, el pueblo vietnamita puso en marcha la Revolución de Agosto, que dio término a casi un siglo de dominación colonial y posteriormente fascista y que marcó la transformación histórica de Viet Nam, que de ser una colonia semifeudal pasó a ser una nación independiente y democrática. Fue un poderoso testimonio del espíritu inquebrantable de un pueblo que se mantuvo firme en su búsqueda de la independencia y la libertad y de un futuro mejor.

En muchos sentidos, la victoria de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial fue un catalizador crucial del nacimiento de la nación vietnamita en la era moderna. Lamentablemente, el final de la guerra no garantizó una paz duradera. Nuestro pueblo siguió luchando y padeciendo un conflicto devastador durante decenios, hasta alcanzar por fin la unificación y la paz en 1975, exactamente 30 años después de que finalizara la Segunda Guerra Mundial.

La derrota de las fuerzas fascistas y agresoras en la Segunda Guerra Mundial, y en cualquier otra guerra o conflicto, pone de manifiesto una verdad incontestable: ninguna fuerza puede imponerse sobre el anhelo perdurable de paz y los valores universales de la libertad y la libre determinación. Tras la guerra, las Naciones Unidas nacieron de la voluntad común de la comunidad internacional de vivir en paz y estabilidad. Las naciones se unieron para establecer un sistema de seguridad colectiva sustentado en la Carta de las Naciones Unidas y en el derecho internacional. Los principios centrales de la Carta —igualdad soberana, integridad territorial, prohibición del uso de la fuerza y, sobre todo, solución pacífica de las controversias— han sido decisivos para evitar otra guerra mundial.

Al reflexionar sobre uno de los capítulos más sombríos de la historia mundial, la efeméride de hoy es un duro recordatorio de la inmensa destrucción causada por las guerras, el precioso regalo de la paz y nuestra obligación colectiva de evitar que una tragedia semejante se repita. En un momento en que el mundo afronta de nuevo múltiples desafíos de seguridad y asiste a un aumento de la rivalidad entre las grandes Potencias, salvaguardar la paz exige un multilateralismo renovado y una acción conjunta y basada en principios.

Viet Nam está firmemente convencido de que la defensa del derecho internacional, el fortalecimiento de la solidaridad mundial y el fomento de la confianza y la cooperación son requisitos esenciales para preservar la paz y la estabilidad que hoy disfrutamos y que tanto costó conseguir. La turbulenta historia de Viet Nam nos enseña que nunca debemos dar la paz por sentada.

Como miembro responsable y fiable de las Naciones Unidas, Viet Nam no ha escatimado esfuerzos para promover la paz, la seguridad y el desarrollo, no solo para nuestra nación, sino para la comunidad internacional en general.

Permítaseme concluir reafirmando la determinación de Viet Nam de trabajar con todos los asociados para construir un mundo más pacífico, justo y sostenible para las generaciones venideras.

Sr. Akakpo (Togo) (*habla en francés*): Hace ocho decenios llegaba a su fin uno de los conflictos más mortíferos de la historia, que causó decenas de millones de muertos a los que mi delegación, en esta ocasión solemne, desea rendir homenaje.

Aquel conflicto, que opuso las ambiciones totalitarias de un puñado de oscurantistas al deseo de libertad de la mayoría, se cobró numerosas vidas, entre ellas las de hombres y mujeres amantes de la libertad que hicieron el sacrificio supremo en aras del ideal de paz que sustentaba su compromiso. Entre ellos, han quedado en los anales de la historia la determinación y el sacrificio de los soldados de infantería ligera africanos, cuyo esfuerzo bélico fue determinante para derrotar a las fuerzas totalitarias que imponían su dominio.

El sacrificio de todas las víctimas, sean civiles o miembros de la Resistencia, que hoy conmemoramos no fue en vano. En efecto, murieron para que pudiera nacer un mundo nuevo y pacífico, sustentado en el diálogo de civilizaciones y en la pertenencia común a una cultura de paz sólidamente arraigada en nuestras costumbres.

El mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial trajo cambios importantes que ilustran la reconfiguración de las relaciones internacionales en torno al multilateralismo, el cual se hizo realidad con la creación de las Naciones Unidas y de su sistema, cuya misión es mantener y hacer perdurable la paz. En cuanto a África, el final del conflicto contribuyó a acelerar las luchas por la descolonización que, con el apoyo de las Naciones Unidas, llevaron a varios territorios a obtener la soberanía internacional y a integrarse en la comunidad de naciones, revitalizando así el multilateralismo. La creación de las Naciones Unidas al final de la Segunda Guerra Mundial surgió, por tanto, de la profunda aspiración de cerrar los paréntesis de la guerra y abrir los de la paz mediante el fomento del multilateralismo. Quisiera también aprovechar la oportunidad que me brinda esta sesión para saludar, en nombre de mi delegación, el compromiso del Secretario General en favor de la paz en el mundo. Por desgracia, a pesar de los esfuerzos realizados por las Naciones Unidas, podemos constatar que el mundo sigue plagado de conflictos que no dejan de aumentar con el paso de los años y que los desafíos son cada vez más complejos. Para la delegación togolesa, el mejor homenaje que se puede rendir a todas las víctimas de la Segunda Guerra Mundial consiste en reafirmar, en esta ocasión y en vísperas del 80º aniversario de las Naciones Unidas, nuestro compromiso de trabajar con más ahínco para que la paz y la seguridad sean efectivas en todo el mundo.

Como reconocieron los Jefes de Estado y de Gobierno en la Cumbre del Futuro, es posible construir un futuro mejor para toda la humanidad, incluidas las personas que viven en la pobreza o que se encuentran en situaciones vulnerables. El contexto internacional actual, caracterizado por la expansión de las zonas de conflicto, la exacerbación de las crisis históricas y la amplitud y magnitud de sus efectos da la impresión de que el mundo se ha sumido en un estado permanente de conflicto que, sin duda, no debe convertirse en un conflicto mundial. Para lograrlo, mi delegación considera importante que se tomen medidas urgentes para poner fin a la beligerancia perpetua, que frena el avance del mundo hacia la consecución de los Objetivos de Desarrollo Sostenible.

Por ello, la delegación togolesa aboga por el respeto de la soberanía de los Estados y la abolición de toda forma de injerencia en sus asuntos internos. Mi delegación también pide la eliminación total, inmediata, verificable e irreversible de las armas nucleares y de todas las demás armas de destrucción masiva, que siguen siendo un elemento central de las crisis y tensiones permanentes en el mundo. Asimismo, pide la reforma de nuestra Organización común para que refleje mejor el multilateralismo que promueve. Por ello, mi delegación reitera su posición a favor de la reforma del Consejo de Seguridad para hacerlo más representativo. El Consejo es el pilar fundamental del mecanismo institucional para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. Dicha reforma, que pedimos sin reservas, debe abordar también la

arquitectura financiera internacional para hacerla más eficaz, más equitativa, mejor adaptada al mundo actual y más capaz de subsanar las dificultades que enfrentan los países en desarrollo.

Por último, el establecimiento de un nuevo orden mundial libre de crisis y conflictos exige la eliminación de todas las formas de injusticia y desigualdad. También requiere el reconocimiento de hechos históricos, cuyos efectos siguen perpetuándose en el tiempo, hasta el punto de haberse convertido en obstáculos estructurales, que debilitan o socavan la estabilidad en algunas partes del mundo. Ello se pone de manifiesto en hechos históricos dolorosos, como la esclavitud y la colonización, que, cabe señalar, han sido calificados de crímenes de lesa humanidad y genocidio por la Unión Africana. Como ocurre con cualquier delito cometido, se producen daños, que hay que subsanar. El Togo considera que las Naciones Unidas deben apoyar la necesidad de reparar esos crímenes. Por ello, abogamos por la verdad histórica y la reconciliación de la memoria para que, a partir de ahora, pueda reinar entre nuestras naciones un nuevo orden basado en el entendimiento duradero y la paz.

Nuestro homenaje de hoy a las víctimas de la Segunda Guerra Mundial debe hacernos que comprendamos mejor las atrocidades de la guerra y la importancia de abolirlas, porque, como dijo John Fitzgerald Kennedy, “la humanidad debe poner fin a la guerra, o la guerra pondrá fin a la humanidad”.

Sr. Lapasov (Uzbekistán) (*habla en inglés*): Es un gran honor dirigirme a esta sesión solemne de la Asamblea General en nombre de la República de Uzbekistán, con motivo del 80º aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial.

Hace 80 años, la humanidad fue testigo del final del conflicto más sangriento de la historia, que se cobró más de 70 millones de vidas y dejó profundas cicatrices en todos los continentes. El costo terrible de esa guerra nos recuerda nuestro deber de preservar la paz y evitar el resurgimiento del odio, la agresión y la violencia.

En este día, honramos la memoria de todas las víctimas y héroes de la guerra: soldados que perecieron en el campo de batalla y civiles que soportaron las penurias de la guerra con dignidad. Entre ellos estaban los valientes hijos e hijas de Uzbekistán. De una población de 6,5 millones de habitantes, casi 2 millones fueron movilizadas al frente. Más de 538.000 personas dieron su vida y más de 158.000 siguen desaparecidas. No son solo números: representan familias, sueños y sacrificios que nunca se olvidarán. Celebramos esta fecha con orgullo y tristeza. Las amargas pruebas de la guerra que soportó nuestro pueblo no se olvidan, ni siquiera después de todos estos años.

Durante la guerra, Uzbekistán se convirtió en una poderosa retaguardia estratégica. Más de 170 fábricas y plantas se trasladaron a nuestro país, y la producción se reanudó con rapidez para satisfacer las necesidades urgentes del frente. No obstante, quizá la contribución más duradera de nuestro pueblo fue la humanitaria. Más de 1,5 millones de personas evacuadas encontraron refugio en Uzbekistán, entre ellos más de 250.000 huérfanos. Fueron acogidos en nuestros hogares y corazones. Nuestro pueblo hizo gala de un humanismo excepcional, abrazó a niños que lo habían perdido todo y compartió con ellos hasta su último trozo de pan.

El legado de la guerra es una lección que perdura. En Uzbekistán, tenemos el firme empeño de preservar la verdad histórica y legarla a las generaciones venideras. Hemos construido en Tashkent el Complejo Conmemorativo del Parque de la Victoria, símbolo del sacrificio y la resiliencia de nuestro pueblo. Nuestra juventud debe conocer esta historia. Deben comprender que la libertad y la paz de las que disfrutamos hoy se consiguieron a un costo tremendo. Las tradiciones heroicas de nuestros veteranos sirven de ejemplo para educar a los jóvenes en el espíritu del patriotismo, la paz y el respeto mutuo. Consideramos que es fundamental inculcar ese sentido de la responsabilidad moral a las generaciones más jóvenes, no solo para Uzbekistán,

sino para la paz y la solidaridad mundiales. En este contexto, Uzbekistán reafirma su firme adhesión a los principios del multilateralismo. El enorme costo humano de la Segunda Guerra Mundial subraya la importancia decisiva de la acción colectiva y la cooperación internacional. Hoy, cuando el mundo se enfrenta a desafíos complejos e interrelacionados, debemos reforzar el multilateralismo como fundamento de un orden internacional justo y basado en normas. Solo mediante el diálogo y la responsabilidad compartida podremos construir una paz y un desarrollo duraderos para todos.

Con miras al futuro, permanezcamos unidos en nuestra determinación de prevenir la guerra, promover el diálogo y reforzar los cimientos de la cooperación internacional. Honremos el pasado con nuestras acciones en el presente, uniéndonos en defensa de la paz, la dignidad y la humanidad.

La Presidente Interina (*habla en ruso*): Hemos escuchado la última intervención de esta sesión. Continuaremos la sesión extraordinaria y solemne tras el examen de los temas ya anunciados en el *Diario de las Naciones Unidas*.

La Asamblea ha concluido así la presente etapa del examen del tema 135 del programa.

Se levanta la sesión a las 13.15 horas.